

1/17155

Handwritten text, possibly "provisional"

Leg. 24.

HISTORIA

DE LAS ESPEDICIONES Y TRIUNFOS

DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS.

Se halla en la librería de OREA,
Rd. de San Luis

PAP

REQ.

HISTORIA

DE LAS ESPEDICIONES Y TRINTEOS

DE LAS VERNAS ESPAÑOLAS

Se hallará en la librería de OREA,

Red de San Luis.

HISTORIA

DE LAS ESPEDICIONES

Y TRIUNFOS

DE LAS ARMAS ESPAÑOLAS,

..... POR

D. ANTONIO FRANCHI DE ALFARO.

TOMO I.



MADRID:

POR D. EUSEBIO AGUADO, IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Y DE SU REAL CASA.

1831.

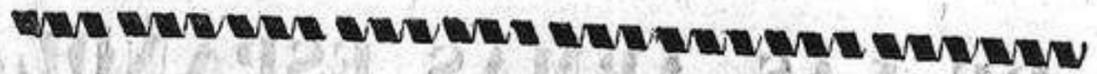
1 ~~LVI~~
~~A-29~~

[Handwritten signature]

HISTORIA

DE LAS ESPEDICIONES

Y FINES



*No las damas, Amor, no gentilezas
De caballeros canto enamorados;*

.....
*Mas el valor, los hechos, las proezas
De aquellos españoles esforzados.*

ERCILLA.



TOMO I.



MADRID:

POR D. PÉREZ AGUADO, IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Y DE SU REAL CASA.

1834

PRÓLOGO.

Cuando me propuse redactar esta obra estaba muy lejos de pensar que habia de hacerme trabajar tanto, porque creí que con una ó dos historias particulares que consultase para cada expedicion, tendria bastante para mi empresa. Pero al reflexionar que yo era en mucha parte responsable para con el público de la verdad de los hechos que referia, conocí que si se halla-

ba un error en ellos, no tendria escusa diciendo que le tomé de tal autor, pues tambien es culpa la credulidad, y que se me reprenderia con razon de negligente, si no los examinaba con laboriosidad, calma y circunspeccion.

Así lo primero que hice fue consultar los autores originales de mas crédito, y en cuanto era posible mas inmediatos á los sucesos, y despues confrontaba los extractos que hacia de ellos con los historiadores modernos: trabajo largo en verdad, pero indispensable. Tales tareas me han proporcionado algunas veces el gusto de ver que las

(VII)

reflexiones que yo habia hecho con la lectura de los antiguos, eran tambien las de modernos que gozaban de buen nombre, y esta ha sido la única compensacion de mi trabajo, porque la gloria literaria, aunque tuviera la presuncion de creer alcanzarla, suele causar mas daño que provecho.

Algunos habrá que reputen demasiado numerosas las notas que he puesto; pero al hacerlo así he llevado varios fines. Procuro que el lector pueda juzgar por ellas del grado de crédito, digámoslo así, que merece cada hecho, porque siempre que hay contradiccion en

los autores lo manifiesto en la nota, y declaro á qué opinion me inclino. Quise tambien dar de este modo alguna mas variedad para que no todo sea guerras y batallas; y ademas juzgué que algunos hechos, que no debian entrar en el cuerpo de la obra por la naturaleza de esta, merecian llenar un poco de papel, porque suministraban instruccion, y porque facilitarían el camino á los que despues quisieran tomar conmigo el polvo de las bibliotecas.

Tambien me he permitido relevar lo que á mí me ha parecido error en un autor, sea quien sea;

y mientras mayor es su celebridad, menos consideraciones tengo con él, sin que me estimule á hacer esto un movimiento de envidia ni alguna otra pasion, antes sí el deseo de ser util, creyendo que hago un servicio; porque tales libros, que han merecido justamente el aprecio general, andan en manos de todos, se leen con mas confianza, y se arraiga mas profundamente alguna inexactitud que contengan. Pero diré que cuando veía que mi narracion, ó se desviaba ó se oponia á alguno de estos escritos, lo primero que se venia á mi imaginacion era que yo iba erra-

(x)

do, que no es mal medio para acertar; y entonces trabajaba con mas teson para averiguar lo cierto. Malos ratos de estos me han dado algunos de nuestros historiadores.

En la composicion de la obra no se ha borrado de mi memoria el *semper ad eventum festinat* de Horacio. Me he esforzado en presentar los acaecimientos sin confusion y en referirlos con claridad, que es la primera cualidad del estilo, y despues con concision. He sido parco en arengas, exclamaciones y largas reflexiones. He omitido cuanto me ha parecido sospechoso. Solo he escrito en el testo

cuanto yo mismo he creído. He deseado sobre todo no dejarme arrastrar por el amor nacional, y que mis escritos fuesen imparciales. He querido por último reprender el vicio con toda la energía que mis escasas fuerzas me prestaban, y celebrar la virtud donde quiera que la he hallado. Pero mucho va del intento á la ejecucion, y ni por asomos creo haber salido á cabo con mi proyecto; es verdad que presumo haberme acercado.

Si la crítica me honra con sus observaciones, espero que me ha de resultar una satisfaccion; pues aunque niegue á mi obra todo mé-

rito literario, no podrá menos de decir que mi norte ha sido la verdad, y me consolaré con Ciceron: *Historia, quoquomodo scripta, delectat.*

PRIMERA ESPEDICION

DE

ESPAÑÓLES Y CARTAGINESES Á SICILIA,

LA primera espedicion de los españoles que por su autenticidad (*) merece lugar en la historia, parece ser la que hicieron á Sicilia en union con los cartagineses en el año 340 de la fundacion de Roma (**). Los súbditos

Año
del mundo
3590.
Antes de J. C.
410.

(*) Algunos historiadores españoles, como Florian de Ocampo (*Crónica general de España*), refieren algunas espediciones anteriores, pero que no he podido comprobar. Este no será el único caso en que admiremos su arrojo, y el de otros que les precedieron, en dar por auténticos los hechos mas inverosímiles y mas faltos de autoridades para apoyarlos. Véase lo que dice Mariana (*Historia general de España, lib. 1.º, cap. 6*) contra estos escritores.

(**) Esta es la data que le da Ferreras (*Synopsis, historia cronológica de España, parte 1.ª, pág. 67*), pero parece haber sido algo antes si se atiende á las palabras de Diodoro Sículo, que no la cree tan posterior á la guerra del Peloponeso.

de Cartago, ciudad fundada en la costa del África cerca de donde ahora se halla Túnez, se habian apoderado de varios puntos de la parte meridional de España, y para las guer- ras que tenian en Sicilia hicieron levass en la península, las cuales reunian á las tropas que alistaban en la Libia.

Lo que dió origen á esta primera espe- dicion fue lo siguiente. Los egestanos, habi- tantes de una ciudad situada en la parte oc- cidental de Sicilia, imploraron la proteccion de los cartagineses contra las pretensiones in- justas de sus comarcanos de Selinunta, que no contentos con haber obtenido ya de ellos el abandono voluntario de unos terrenos que se disputaban, pretendian despojarlos de otros limítrofes.

No solicitaron esta proteccion los egesta- nos por considerarse incapaces de resistir á los selinuntinos, á pesar del poder que és- tos tenian, sino porque ademas eran aliados de los de Siracusa, ciudad poderosísima de

(3)

la isla , y temian con harto fundamento que los últimos favoreciesen las pretensiones excesivas de sus vecinos, para repartirse despues los territorios que les quitasen.

El senado de Cartago conocia las ventajas que para la total conquista de Sicilia, que dicen meditaba , sacaria con la ocupacion de una plaza importante como Egesta, que sus moradores le ofrecian ; pero la guerra que acababa de tener con los siracusanos, en la cual fue muerto su general Amilcar y destrozado su ejército poderoso por el rey Gelon, le hacia respetar mucho las fuerzas de éstos para no abrazar sin maduras reflexiones el partido de los egestanos.

Las miras particulares de Anibal, que siendo nieto de éste Amilcar deseaba vengar su muerte y reponer con algun servicio brillante la reputacion de su familia, y el influjo que por su nacimiento y riquezas tenia en el gobierno de la república, fueron causa de la resolucion que tomó el senado

*

(4)

de decretar al fin una expedicion contra los selinuntinos, y de nombrar á Anibal general para dirigirla. Para mas asegurar el éxito de su empresa, trataron de conseguir de los siracusanos que permaneciesen neutrales; mas aunque así lo prometieron éstos, distaban mucho de pensar en cumplirlo.

Los cartagineses formaron un grande ejército con las levadas que hicieron en los pueblos de la Libia, en Cartago y en España, aunque no sabemos de cierto el número de tropas de cada pais que se embarcaron para la expedicion. Parece que los españoles, antes de reunirse en África con el ejército cartagines, llevaron honderos de las islas Baleares, que debieron este nombre á la destreza que tenian sus habitantes en el ejercicio de la honda.

Los preparativos que se hicieron para la empresa fueron bastantes para probar que los cartagineses la reputaban de suma importancia y de resultados dudosos, pues adop-

(5)

tando el número menor de tropas que se dice juntaron, no baja de cien mil (*). Además debemos contar un cuerpo de ejército que habían ya enviado para proteger entre tanto á los egestanos, y que se componia de cinco mil libios y ochocientos campanios, que despues de haber servido en las guerras entre los siracusanos y atenienses se alistaron á sueldo de los de Cartago. Este florido ejército se embarcó en un copioso número de bateles y sesenta galeras, y se dirigió al promontorio de Lilibea, que es el punto mas occidental de la Sicilia.

A. del M.
3592.
Ant. de J.
408.

Esta isla, separada de Italia por un ca-

(*) Anquetil (*Précis de l'Histoire Universelle, tom. 2.º, pag. 102*) no se contenta con adoptar el número exagerado que fijó Eforo, sino que todavía da cerca de cien mil hombres mas al ejército cartagines. Parece que no tuvo muchos deseos de nombrar á los españoles en esta espedicion: he aqui como se esplica: «Il débarqua avec 300.000 hommes, presque tous Africains;» y para que esta omision no pueda atribuirse al laconismo propio de su plan, hablando de la espedicion posterior dice: «Les carthaginois revinrent en Sicile, toujours avec trois cents mille hommes levés en Afrique, disent les historiens.»

nal angosto, ha sido en todos tiempos célebre por su feracidad, y en la época de esta invasión fue cuando tal vez se vió mas floreciente. Dícese que sus primeros habitantes fueron los cíclopes y lestrigones (*); pero como las noticias que tenemos de estos pueblos estan mezcladas con las fábulas de la antigüedad y las ficciones de los poetas, no nos es posible averiguar su origen, ni el pais adonde despues emigraron. En seguida la poblaron los sicanos (**), pueblos habitadores de las márgenes del rio Sicano en la Iberia,

(*) Florian de Ocampo (*Lib. 1.º, cap. 23*) se detiene en referir guerras entre estas gentes, *que eran ciertamente los mas gigantes cruelísimos*, tales son sus palabras, con españoles que pretende habian emigrado á Sicilia.

(**) Ferreras (*Part. 1.ª, pág. 60*) siguiendo á Florian de Ocampo (*Lib. 2.º, cap. 20*) y á otros autores, dice que los españoles emigraron al Ponto Euxino, y que dieron su nombre á estos iberos del rio Sicano; y Mariana opina (*Lib. 1.º, cap. 7*) que estos iberos fueron los que emigraron á nuestra península, y le dieron su nombre. Ocampo en este lugar parece estar muy persuadido de que gran parte de Sicilia fue poblada por españoles que pasaron á ella con su rey Atlante, si es que tal rey ha existido. Bien es verdad que pocas líneas mas abajo les atribuye tambien la fundacion de Roma.

(7)

que llegaron á Sicilia arrojados de su país por los ligios; y por ellos esta isla, que hasta entonces se llamaba Trinacria, tomó el nombre de Sicania. Los sicelios, habitantes de Italia, pasaron también á Sicilia huyendo de los ópicos; y como acudieron en gran número vencieron á los sicanos que la dominaban, los arrojaron á las partes del mediodía y poniente, y entonces fue cuando empezó el país á llamarse Sicilia, y en el día Sicilia. Esta irrupción precedió trescientos años á la llegada de los griegos.

Los fenicios también hicieron establecimientos en las playas de toda la Sicilia para comerciar con los naturales, fortificándose en ellas y en las islas adyacentes, hasta que por último se reunieron en Motia, Soloente y Panormo.

Los primeros griegos que pasaron á Sicilia fueron los de Calcida que fundaron á Naxos. En el año siguiente edificó á Siracusa el corintio Arquias, y á los cinco años los

mismos griegos de Naxos fundaron á Leoncio y Catana, ciudades todas de la parte oriental. Casi por aquel tiempo llegó Lamis con una colonia de Megara, quien despues de edificar á Trotilo en las orillas del rio Pantacio, fundó á Tapso, y sus compañeros que le sobrevivieron á Megara y Selinunta, cien años antes de ser espulsados de Tapso por Gelon, rei de Siracusa. Antifeno de Ródas y Entino de Creta, que traían dos colonias, construyeron á Gela cuarenta y cinco años despues que empezó á habitarse Siracusa. Estos de Gela, que se gobernaban por leyes dóricas, edificaron á Acraganta cerca de cien años despues, y la nombraron así, como á Gela, por los rios inmediatos. Zancle debió su origen á piratas de Cumas: los que emigraron de Calcida se repartieron su territorio, y se llamó así por los sicelios, en cuya lengua *zancle* significaba hoz, por la figura de la tierra sobre que estaba. Anaxilas mudó despues este nombre en Mesena en honor

de su antigua patria (*). Euclides, Simo y Sacon fundaron despues á Himeria. Los siracusanos edificaron á Acra, Casmena y Camarina; la primera setenta años despues de Siracusa, la segunda cerca de noventa, y la tercera ciento treinta y cinco.

En vista del diferente origen, lengua y costumbres de tantos pueblos cercanos, no es extraño que las rivalidades y emulacion produjesen desavenencias y continuas guerras entre ellos.

Así que desembarcó el ejército mandó Anibal sacar á tierra sus naves, que en los primeros siglos de la navegacion eran de una estructura muy tosca y defectuosa, y recibidos los auxilios de tropas que enviaban los egestanos y otros aliados, partió de Lilibea y se encaminó al territorio de los selinuntinos. Éstos, á la noticia de su llegada, habian en-

(*) Florian de Ocampo, en el concepto de que los sicanos eran españoles, les atribuye tambien la fundacion de Zancle ó Mesina. Pocos son los pueblos, segun este autor, que no deben su origen á los españoles.

viado á pedir socorro á sus amigos de Siracusa.

Despues de apoderarse en su tránsito de una ciudad pequeña, situada en las márgenes del rio Mazan, llegó bajo los muros de Selinunta, que cercó por todos lados y atacó con sus instrumentos de batir. Mientras los arietes, que iban en seis torres altísimas de madera que habia construido, atacaban las murallas, los arqueros y honderos desalojaban de ellas á los defensores. Los selinuntinos, á pesar del número de enemigos que los circuían, del estrago que en sus fortificaciones causaban las máquinas, y de la fiereza de los asaltos que les daban, hacian una resistencia obstinada, sostenidos por la esperanza del socorro. Ocupaban los muros cuantos eran capaces de manejar las armas, y los ancianos, niños y mugeres les llevaban á sus puestos, que no podian abandonar, los víveres y las armas arrojadizas, exhortándolos al mismo tiempo á no dejarlos caer en las

manos de los cartagineses. Éstos, incitados por el deseo del pillage que les habia prometido su general, y sabiendo las grandes riquezas que abrigaba una ciudad de tanta poblacion, se portaban en los repetidos asaltos con toda la impetuosidad que puede engendrar la oposicion á las pasiones mas vehementes.

Viendo Anibal que á pesar de esto nada conseguia con aquellos ataques parciales, tomó sus disposiciones; y una alarma que hizo dar por todas las trompetas de su campo, anunció la orden para un asalto general. Todo el ejército cartagines respondió á ella con un gran grito: las tropas escogidas de Anibal cargaron con furia en todos los puntos de la muralla; menudeaban los arietes sus golpes con mayor estrago, y los que peleaban en las torres de madera, que dominaban á los defensores, hacian gran matanza en los que se acercaban. Al fin cayó un lienzo del muro, y por él se precipitaron impetuosamente los campanios, pero fueron re-

pelidos y obligados á salir. Sin embargo de todos los esfuerzos de las tropas, llegó la noche sin haber tomado la ciudad, y tuvieron que suspender hasta el dia siguiente la continuacion del asalto.

La tenacidad de la resistencia debió acrecentar el furor de los sitiadores, y la certeza en que estaban los sitiados de que peleaban por sus bienes, sus hijos y sus vidas, debió infundirles valor y sostener su constancia. Así fue que en el ataque del siguiente dia, que emprendieron con resolucion los cartagineses, solo consiguieron retirar un poco á los selinuntinos de la entrada de la brecha; pero hacian desde alli una oposicion tan grande que no les fue posible internarse. Muchos murieron por una y otra parte durante los nueve dias en que se repitieron sin interrupcion los asaltos: parecia, segun era la defensa, que solo se entregaria la ciudad despues del total esterminio de los sitiados; pero la arrojada determinacion de los

españoles que militaban con Anibal, decidió de la suerte de los selinuntinos. Resueltos á introducirse en la plaza, subieron por los escombros de la brecha y lograron penetrar en su interior. Los defensores de las murallas, alarmados con los gritos que dieron los ciudadanos al descubrir á los españoles, las abandonaron precipitadamente, y corriendo á oponérseles trabaron con ellos una reñida batalla. Pero ya salvaban los cartagineses los muros indefensos, y lanzándose en la ciudad acometieron á los habitantes que se defendian en las trincheras que habian construido en las calles, al paso que los que estaban en los techos de las casas arrojaban tejas y grandes pesos sobre ellos.

Grande era el conflicto de los sitiadores, que atacados por todos lados nada adelantaban por mas esfuerzos que hacian, hasta que faltando á los ciudadanos las armas arrojadas, fueron éstos arrollados y lanzados de la ciudad, cuya toma anunciaron los clamores

de los vencidos y los gritos alegres de los vencedores.

Todos los habitantes que se recogieron en la plaza pública fueron bárbaramente pasados á cuchillo; la ciudad saqueada, muchas casas quemadas ó demolidas, y los cartagineses se entregaron á aquellas crueldades que los hacian tan odiosos, pues hasta los extranjeros que estaban á su sueldo y participaban de su victoria, lamentaban la suerte de los infelices vencidos. Murieron mas de diez y seis mil de estos, y quedaron prisioneros cinco mil: los que escaparon de la cautividad y de la muerte se refugiaron en Agrigento, donde hallaron buen hospedage.

Al mismo tiempo que estos últimos, llegaron á aquella ciudad los tardíos socorros que los siracusanos enviaban, á pesar de la neutralidad que habian ofrecido. A vista de la toma de Selinunta, y como queriendo anunciar á Anibal su intervencion, le despacharon diputados rogándole que no demo-

liese los templos, y que pusiese en rescate á los prisioneros. Éste se contentó con responderles que guardaba á los vencidos para hacerles experimentar lo que era la esclavitud.

Tal fue la toma y ruina de la ciudad de Selinunta, verificada á los doscientos cuarenta y dos años despues de su fundacion.

La ciudad de Himeria, edificada dos años despues de Selinunta, y situada en la costa setentrional de la Sicilia, habia sido testigo años antes de la derrota del ejército cartagines y de la muerte de su comandante Amilcar, padre de Gisgon; y como segun la costumbre que tenian los cartagineses de castigar á los generales por los reveses que sufrían, este último habia sido desterrado por la culpa de su padre, Anibal, que era hijo de Gisgon, quiso vengar en los himerinos las desgracias de sus ascendientes; y completada la destruccion de Selinunta, movió contra ellos el ejército.

Despues de reunirse con un refuerzo de

veinte mil hombres que le enviaban los sicanos y otros pueblos de la isla, sentó sus reales delante de Himeria, hizo aproximar las máquinas y empezó á batirla por varios puntos. Deseando acelerar el lento efecto de los arietes, mandó socavar el pie del muro, que al mismo tiempo apuntalaban, y dando despues fuego á las vigas consiguió derribar un gran pedazo de muralla. Los sitiadores intentaron en vano introducirse por la brecha, pues el ejemplo de los males de los selinuntinos habia infundido una desesperacion todavía mayor en los de Himeria, y los cartagineses fueron rechazados.

Estando los sitiados reponiendo sus murallas se dejó ver un cuerpo de cuatro mil hombres que les enviaban los siracusanos al mando de Diócles; y animados por aquel socorro determinaron hacer al dia siguiente una salida, que por poco produce la ruina de todo el ejército sitiador. Despues de reunirse con las tropas de sus aliados, cayeron con

tal ímpetu sobre los cartagineses, que mataron á cuantos se les pusieron delante; y habiendo acudido el grueso del campo sitiador con demasiada prontitud para llegar con algun orden, fue recibido con tal denuedo por los himerinos, á quienes estimulaba la presencia de sus padres y mugeres que desde los muros los contemplaban, que lograron poner en fuga todo el ejército cartagines, siguieron el alcance, y amonestándose unos á otros á no dejar ninguno vivo, hicieron gran carnicería.

Anibal que veía desde sus atrincheros la derrota de los suyos, se aprovechó del desorden que produjo entre los himerinos la victoria, reunió los que estaban á su lado, y arrojándose sobre los que andaban esparcidos, no tardó en ponerlos en fuga hácia la ciudad. Tres mil de los sitiados, que replegándose en buen orden se habian opuesto á las tropas de Anibal, fueron pasados á cuchillo; y como estos eran los mejores sol-

dados que habia en la plaza, los gobernantes, desalentados con su pérdida y juzgándose incapaces de resistir por mas tiempo, resolvieron abandonarla.

La ciudad se llenó de consternacion cuando se propagó la noticia de este proyecto; pero reflexionando en la necesidad de tal medida, en medio de sollozos y de lágrimas empezaron á embarcarse por la noche cuantas mugeres, niños y hombres inútiles podian contener las naves, ademas de la mitad de la guarnicion. La otra mitad quedó encargada de la defensa de la plaza mientras volvian las galeras para llevárselos.

Los cartagineses volvieron al asalto al amanecer del dia próximo, pero los himerinos, que sabian deber presentarse pronto sus naves, se esforzaron cuanto pudieron para repelerlos. Mantuviéronse efectivamente todo aquel dia haciendo prodigios de valor; pero al inmediato derrumbaron un lienzo de la muralla los arietes que las batian. Los espa-

ñosles, como con el objeto de que tambien se les debiera la toma de esta plaza, se precipitaron en ella por la brecha; y mientras peleaban unos con los himerinos que se les opusieron, se apoderaron otros de las almenas, y procuraron entrada á los cartagineses. En pocas horas estuvo toda la ciudad en poder de los sitiadores; y este suceso fue tanto mas triste para los desgraciados himerinos, cuanto que ya habian avistado los buques que volvian por ellos.

Siguió á la toma el saqueo y la demolición de la ciudad: Anibal mandó suspender la matanza, repartió entre los suyos para esclavas á las mugeres que tomaron prisioneras, y reservó á los hombres para dar un ejemplo de su feroz crueldad. Aquellos infelices, en número de tres mil, fueron conducidos al mismo lugar en que habia sido muerto su abuelo, y allí todos degollados.

Verificada la toma de esta ciudad, Anibal despidió á sus aliados á sus pueblos res-

*

pectivos; los campanios se quedaron en la isla á sueldo de estos últimos, y él, cargada su escuadra de muchas riquezas y embarcada toda su gente, á escepcion de la que para su defensa dejaba á sus amigos, zarpó de Sicilia con los españoles y cartagineses, y fue recibido en su patria por una multitud de ciudadanos que salieron á esperarle, le abrazaron y le colmaron de elogios.

Este fue el fin de la primera expedicion que hicieron los españoles fuera de su país de que tengamos noticias ciertas.

SEGUNDA ESPEDICION

DE

ESPAÑÓLES Y CARTAGINESES Á SICILIA.

Los cartagineses hicieron nuevas levadas en España para la otra expedición que proyectaron á Sicilia, aunque la variedad con que fijan los historiadores su data solo nos permite decir con mucha desconfianza que empezaron á prepararse para ella por los años de 343 de la fundación de Roma, y que no la pusieron en ejecución hasta el de 348 (*).

A. del M.
3593.
Ant. de J.
407.

Los verdaderos motivos (**) que impul-

(*) Si nos contentásemos con comparar á Diodoro con Livio, resultaría una disparidad excesiva. Dice el primero (XIII, 28) que sucedió la toma de Agrigento cerca de doscientos sesenta años antes de la de Cartago por Escipion. El segundo (XXX) refiere que esta se verificó en 548 R.; luego la de Agrigento debió ser segun estos historiadores por los años de 288.

(**) Ocampo (*Lib. 3.º, cap. 15*) y Mariana (*Lib. 2.º, cap. 2*) dicen que lo que causó esta guerra fue el haber atacado los agrigentinos á los cartagineses de la ciudad

saron á esto á los cartagineses parecen haber sido los deseos que tenian de apoderarse de toda la isla, en cuya esperanza los sostenia la memoria reciente de sus triunfos. Con este intento no es extraño que desdeñasen la paz que les ofrecian los siracusanos, y que diesen á sus embajadores una respuesta ambigua. Determinados á la guerra, algunos de los principales senadores partieron á España y á las islas de Mallorca y Menorca con dinero para reclutar soldados, mientras otros formaban en el África cuerpos de cartagineses, fenicios, numidas, moros y otros pueblos de la costa. Igualmente alistaron en Italia una tropa de campanios.

De este modo formaron un ejército, cuyo número fijáramos si no halláramos en los escritos una diversidad harto escesiva para de Minoa, que habian salido á un bosque á hacer sus sacrificios. El primero añade que los cartagineses, para enganchar á los mallorquines en su expedicion, «les daban á beber muy buenos vinos, y les mostraban mujeres españolas dentro de los navíos.»

poderle valuar con alguna exactitud (*), aunque la importancia de la guerra y sus operaciones en Sicilia, parecen convencernos de que debió ser numeroso. Los cartagineses quisieron que capitanease sus tropas el mismo general que las habia hecho triunfar; pero alegando éste la excusa de su mucha edad, nombraron á Himilcon, hijo de Hanon, para que en union con él las mandase.

Los generales púnicos habian enviado contra los siracusanos cuarenta galeras, que fueron derrotadas por las enemigas despues de un reñido combate; y apenas llegó á Cartago la noticia de aquel reves, cuando Anibal dió la vela hácia Sicilia, con el fin de impedir que los siracusanos se aprovechasen de su reciente victoria, y de proteger el desembarco de lo restante del ejército.

Las ciudades de Sicilia, aterradas con la

(*) Eforo le hace subir á trescientos mil hombres, y Timeo se contenta con ciento veinte mil. Diodoro Sículo, que cita á estos dos historiadores, no manifiesta su opinion sobre sus cómputos.

fama de los preparativos que hacian los cartagineses, tomaron las medidas mas eficaces para su defensa comun. Los siracusanos en particular pidieron socorros á las colonias griegas de Italia, y tambien á los lacedemonios; y los agrigentinos, conociendo que sobre ellos iba á descargar primeramente la tempestad que se formaba, se prepararon á sostener un largo sitio, encerrando en sus murallas cuantos granos producian sus campiñas. No se engañaron en sus conjeturas, porque no tardó la escuadra cartaginesa en llegar á la vista de la ciudad, y en acampar todo el ejército al pie de sus murallas.

A. del M.
3598.
Ant. de J.
402.

Situada en la costa meridional de Sicilia, Agrigento era en la época de esta invasion una de las mayores ciudades del mundo, y no le daban menos de doscientas mil almas de poblacion. Sus campos fértiles habian enriquecido á sus habitantes, que vivian en la opulencia (*) y entregados á los placeres. Sus

(*) Cuentan que uno de los agrigentinos, llamado

templos eran magníficos, principalmente el de Júpiter; y el que llamaban de Olimpia, que estaban entonces construyendo, prometía superar á todos los de la Grecia. A fuerza de brazos habian hecho un lago fuera de la ciudad, de media legua próximamente de circunferencia, y de veinte codos de profundidad, donde criaban peces y aves acuáticas para sus festines.

Las tropas sitiadoras se dividieron en dos campamentos; los españoles y algunos libios, componiendo entre todos cuarenta mil, se colocaron en ciertas colinas inmediatas á la ciudad, y los reales de las otras tropas estaban mas próximos á los muros. Los generales, antes de dar principio á sus operaciones,

Gelias, tenia en su casa tantas habitaciones para alojar á los forasteros que pasaban por alli, que una vez habiéndose presentado quinientos hombres, á todos les dió posada, y lo que es mas, vestidos para mudarse, porque se habian mojado. No se satisfacen con esto: añaden que uno de sus criados estaba siempre á la entrada de la ciudad para convidar con su casa á todos los extranjeros. Puede ser, pero quizá no vendria mal esclamar con Horacio: *Credat Judæus Apella.*

enviaron á decir á los agrigentinos que les ofrecian su amistad y alianza; y que en caso de que no quisieran aceptarla, al menos permaneciesen neutrales en la guerra que iban á emprender. Los habitantes, ó confiando en sus fuerzas, ó no creyendo en la sinceridad de aquellas proposiciones, respondieron desechándolas, se prepararon para la defensa mas firme, y señalaron á sus tropas y á las de Dexipo, capitan lacedemonio que estaba con ellos, sus lugares respectivos (*).

Los cartagineses acercaron á la plaza dos grandes torres de madera mas altas que las murallas, desde las cuales hicieron mucho estrago en los sitiados; pero habiendo cesado el asalto por la noche, éstos, con una salida que hicieron, quemaron las máquinas de sus enemigos. Anibal, para rellenar los fosos y poder dirigir nuevos ataques, mandó

(*) Este Dexipo vino de Gela cediendo á las súplicas que con motivo de su gran reputacion en la milicia le hicieron los agrigentinos; y llevó consigo cinco mil quinientos soldados.

demoler algunos sepulcros que habia en las cercanías: operacion que en poco tiempo ejecutaron los suyos, pero que estuvo á pique de producir resultados funestos.

Declaróse una epidemia en el ejército cartagineses; Anibal fue una de sus muchas víctimas, y viendo Himilcon á sus tropas llenas de un temor supersticioso, pues atribuian aquella calamidad á la profanacion de los sepulcros, mandó que no se demoliesen mas, y que se hiciesen espiaciones (*). Ejecutado esto continuó en sus obras: varió el curso del rio que pasa junto á la ciudad; cegó los fosos, y batiendo incesantemente los muros, no pasaba dia sin dar algun asalto.

En tanto los siracusanos, que temian tocase á los de Agrigento la suerte de los selinuntinos é himerinos, habian tomado sus medidas; y con un ejército de treinta mil in-

(*) Una de las costumbres bárbaras de los cartagineses era la de inmolar á los dioses criaturas humanas. En esta ocasion sacrificaron un niño á Saturno, é hicieron ahogar muchas víctimas en honor de Neptuno.

fantes y cinco mil caballos, formado en gran parte con sus aliados de Italia y de Mesina, marcharon al ataque de los cartagineses. Himilcon destacó contra ellos un cuerpo de cuarenta mil hombres, los mas españoles y campanios, que encontraron á los de Siracusa cuando ya habian pasado el rio de Himeria. Llegaron á las manos los dos ejércitos, hubo una accion encarnizada, y por algun tiempo indecisa; pero al fin la ganaron los siracusanos, matando mas de seis mil de sus enemigos, y persiguiendo á los demas hasta su mismo campamento.

Dafneo, que así se llamaba el general victorioso, avanzó con ánimo de asaltar los atrincheramientos; pero al ver su fortaleza determinó contentarse con impedir que entrasen víveres en ellos. No sabemos por qué causa Himilcon, que segun cuentan tenia un ejército tan poderoso, se dejó bloquear por las tropas de Dafneo; pues se nos dice que llegó á tanto la escasez de víveres, que mu-

chos murieron de hambre. Sea como quiera, los soldados sitiadores se amotinaron contra el general cartagines, y le amenazaron con pasarse á los enemigos si no se les pagaba el trigo que se les debia; pero éste, noticioso de que un comboy de Siracusa traia mantenimientos á los sitiados, les prometió satisfacer en el término de pocos dias. Así lo ejecutó en efecto por haber apresado las naves siracusanas.

Este suceso produjo la abundancia entre los sitiadores y la escasez entre los sitiados. Los campanios que estaban á sueldo de los agrigentinos se desalentaron, y fueron á reunirse con sus compatriotas del ejército invasor; y tambien salieron de la plaza los aliados de Italia, pretestando que habia espirado el tiempo de su compromiso. Abandonados á sí mismos en aquel conflicto, los agrigentinos conocieron que no podian defender la ciudad contra la furia de los sitiadores, y se dió orden á los habitantes de prepararse á

la retirada. Ya se deja imaginar cuál sería entonces la consternacion del pueblo: todo fue gritos y clamores, todo llantos y gemidos al verse tantos ancianos, niños y mugeres obligados á abandonar á los enemigos su patria, y aquellas comodidades en que fundaban su dicha.

Hasta el amanecer del dia siguiente no supo Himilcon la evacuacion de la ciudad, que se habia verificado por la noche; y entrando en ella con sus tropas, hizo las atrocidades que acostumbraban los cartagineses, porque pasó á cuchillo á todos los agrigentinos que ó por no poder hacer el viage, ó porque prefirieron exhalar el último suspiro en su patria, se habian quedado en ella (*).

(*) De estos últimos fue Gelias, el cual conociendo que los cartagineses no respetarian el templo de Minerva, donde él se habia refugiado, determinó incendiarle y perecer en él, como lo hizo, para no sufrir las vejaciones de sus enemigos, ni ver la profanacion de sus dioses.

El botin fue tal como podia esperarse de una ciudad tan populosa, reputada por la mas rica de todas las que fundaron los griegos, y que jamas habia sido tomada ni saqueada. Ademas de una cantidad considerable de oro, se hallaron otros muchos objetos de valor y de curiosidad. Efectuóse esta toma á los ocho meses de sitio, y si no fue demolida inmediatamente, porque Himilcon necesitaba de cuarteles para alojar á sus tropas en el invierno, á la entrada de la primavera siguió la suerte de las anteriores (*).

Fue tan grande el terror que causaron los triunfos de los cartagineses, que multitud

(*) Todo este relato de la guerra de Sicilia difiere considerablemente del que hace Mariana siguiendo á Florian de Ocampo. Yo le he tomado de Diodoro Sículo, á quien sospecho siguió tambien Ocampo, adornando su narracion. Por la poca fé que me ha merecido esta parte de su obra, no he adoptado tampoco el número de españoles que dice fueron á aquella empresa. Si yo soy el equivocado, se haria una buena obra al público con manifestarme mi error, porque procuraria repararle. En el capítulo siguiente (III) confunde Mariana á los dos Dionisios de Siracusa.

A. del M.
3599.
Ant. de J.
401.

de habitantes de la isla abandonaron sus pueblos y se refugiaron en Siracusa. Gela sufrió en seguida los ataques de las armas púnicas. Esta ciudad, aunque menos considerable que Agrigento, les presentaba obstáculos no menores que superar; porque Dionisio, usurpador de Siracusa, hombre tan diestro en las artes de la paz como en las de la guerra, se disponia á socorrerla. Por este motivo los cartagineses, al colocar su campo en las márgenes del rio inmediato, se atrincheraron con fosos y palizadas.

La misma resolución de defenderse por parte de los sitiados, y la misma tenacidad para someterlos por parte de los sitiadores, se manifestó en este sitio que en los precedentes. A los asaltos repetidos de los cartagineses oponian los de Gela una resistencia invencible; reponian por la noche cuanto las máquinas habian destruido; echaban mano para aquellas tareas hasta de sus tiernos hijos y mugeres; los jóvenes con frecuentes sali-

das perseguían á los corredores contrarios haciendo muchos prisioneros, y ninguno se desalentaba á vista de la ruina de sus murallas y de la poca esperanza que ya tenían de socorro exterior. Pero de todo este esfuerzo necesitaron para resistir á la constancia del ejército invasor, que en aquella ocasión, como en las anteriores, manifestó aquel valor reflexivo digno de triunfar de los mayores obstáculos.

La política de Dionisio, que preveía resultados funestos de la preponderancia que iban tomando los cartagineses en la isla, no le permitió ser un mero espectador del sitio de Gela. A la cabeza de un ejército copioso que formó con los auxilios de sus aliados, con las tropas extranjeras que tenía á su sueldo, y con la mayor parte de sus súbditos capaces de guerrear, marchó contra el campamento de los sitiadores, mientras su escuadra de cincuenta galeras bogaba por la costa. Para que estuviesen bien unidas sus fuerzas de mar

y tierra acampó en la misma playa á vista de la ciudad, y de allí impedía que los cartagineses recibiesen provisiones, y los incomodaba de continuo con sus tropas ligeras.

A los veinte dias de su llegada, durante los cuales no hubo acontecimientos de consideracion, determinó atacar los reales enemigos, y desplegó en sus maniobras los talentos de un habil general. Dividido su ejército en tres trozos, mandó que el primero, compuesto de sicilianos, marchase al ataque dejando la ciudad á su izquierda; que el segundo, donde estaban sus aliados de Italia y otros confederados de Siracusa, se adelantasese dejándola á su derecha; mientras él, conduciendo en persona el tercero formado con los estrangeros, se dirigia en derechura al frente, donde estaban las máquinas de los sitiadores. Ordenó ademas á su caballería que pasando el rio acudiese á los puntos que mas necesidad tuviesen, y á sus galeras que se

encaminasen á proteger el ataque de los sicilianos, é hiciesen fuerza de remos para llegar al mismo tiempo.

Los sitiadores, cuyo campo no estaba fortificado por la parte del mar, acudieron precipitadamente á oponérseles, y como dejaron poca gente en los atrincheramientos, los italianos que cargaron sobre ellos lograron penetrar en los reales. Tal vez hubiera sido fatal este dia para los cartagineses si los sicilianos no hubiesen encontrado obstáculos que retardaron su marcha, y así los italianos, privados de su cooperacion, fueron arrollados poco á poco por el grueso del ejército que corrió á repelerlos, y tuvieron que replegarse á un ángulo del campo, donde se mantuvieron largo espacio combatiendo. Los de Gela hicieron al mismo tiempo una salida, pero no sirvieron de grande utilidad á los italianos, porque no osaron apartarse mucho de sus murallas. Estos últimos fueron entonces atacados con tal furor por los españoles y cam-

*

panios, que murieron mil, y todos hubieran perecido sin el diluvio de armas arrojadas que lanzaban los de las galeras, que protegieron de este modo su retirada á la ciudad.

Vencedoras estas tropas de los italianos, se reunieron con los naturales de Cartago, y cayeron sobre los de Sicilia, que en aquel momento acababan de derrotar á los libios y los obligaban á refugiarse en los reales. En el encuentro les mataron seiscientos hombres, y persiguieron á los otros hasta los muros de Gela. Igual suerte cupo á la caballería de Dionisio, que fue vivamente perseguida, y este mismo no pudo lograr sino con mucho trabajo guarecerse en la plaza.

Esta victoria de los cartagineses fue causa de la resolución que tomaron los sitiados de abandonar (*) á Gela, incapaz ya de resistir; y el rey de Siracusa, aprovechando el

(*) Del temor que manifestaban los pueblos de ser tomados á viva fuerza por los cartagineses, podemos

término de la tregua que para enterrar los muertos habia obtenido, hizo que por la noche se verificase la emigracion. Al dia siguiente conocieron los cartagineses que estaba desierta la ciudad, y se alojaron en ella.

La peste, que con tanta frecuencia estien-
de sus estragos en la Sicilia, puso término
á los triunfos de los invasores, de los cuales
perecieron mas de la mitad. Himilcon tuvo
que ofrecer á Dionisio una paz que éste acep-
tó con júbilo, y que no fue indecorosa á la
gloria de Cartago; y asi acabó la primera
guerra que contra él hicieron los cartagine-
ses. Cuando volvieron éstos á su patria in-
trodujeron en ella el contagio, que fue fa-
tal á muchos de su ciudad y á gran núme-
ro de pueblos de la Libia.

inferir que no es muy exagerado lo que sobre sus crueldades nos dicen los historiadores griegos, que por otro lado recargan la pintura como parte que son.

TERCERA ESPEDICION

DE

ESPAÑÓLES Y CARTAGINESES Á SICILIA.

No fue de larga duracion la paz entre Siracusa y Cartago, pues ambas ciudades aspiraban á la soberanía de la isla, que no podian lograr sin el vencimiento de la otra. Pero por lo mucho que habian sufrido las tropas de la última en su anterior espedicion, no se hallaba en estado de emprender nueva guerra, y así Dionisio fue el primero en declararla. Hechos inmensos preparativos (*) de gente, armas y galeras, anunció por un heraldo al senado de Cartago que los siracusanos habian determinado hacerle la guerra,

A. del M.
3606.
Ant. de J.
394.

(*) Dionisio, por medio de liberales recompensas, consiguió en esta época reunir á su lado gran número de hombres instruidos en el arte militar, quienes inventaron, segun se dice, las galeras de cuatro y cinco órdenes de remos, y la máquina llamada *catapulta*, que servia para arrojar grandes dardos y piedras.

si no abandonaba las ciudades griegas de Sicilia que ocupaban sus tropas (*).

Esta embajada no dejó de causar inquietud á los cartagineses cuando consideraron las miras de Dionisio, y la ocasion oportuna para él en que les atacaba; y sin embargo de no tener antecedente alguno acerca de sus proyectos, y por lo mismo no hallarse preparados á resistirlos, se resolvieron, con el auxilio de sus aliados acostumbrados, á tentar la suerte de las armas. Empero antes de que reuniesen en Cartago las tropas que reclutaban en España y África, fue tanta la prosperidad que acompañó á las armas de su enemigo, que casi no les quedaba ya un pie

A. del M.
3608.
Ant. de J.
392.

(*) Por este tiempo se casó el tirano de Siracusa, casi en el mismo dia, con dos mugeres: con Dorida, hija de un locrio llamado Xeneto, y con Aristomaca, doncella de Siracusa. Todos saben la manía de este Dionisio por la poesía, y su anécdota con Filoxenes; pero Diodoro, que se burla de él porque atribuyó á la envidia y la cabala una silva que dieron á sus versos en Olimpia, hace poco despues consistir en las cabalas de Dionisio el premio que en la misma Olimpia obtuvo otro poema suyo.

de tierra en Sicilia. Las guarniciones que habían dejado en las plazas que conquistaron, ó habían perecido enteramente por el azote de las epidemias, ó se habían disminuido mucho para poder conservarlas. Himeria y Selinunta, Gela y Agrigento abrieron las puertas á Dionisio y se le ofrecieron por auxiliares. Con las tropas de estos pueblos y con las que había traído de Siracusa, se presentó al frente de un ejército copioso y de una escuadra formidable á vista de Motia, ciudad fundada por los cartagineses en una isla inmediata á Sicilia, y la tomó por asalto despues de una obstinada resistencia.

La expedicion de los cartagineses y españoles dió por fin á la vela con direccion á Panormo. Sus fuerzas parecen haber escedido á las de todas las anteriores, y su gefe Himilcon, que acababa de quemar gran parte de la escuadra de Dionisio, no se mostró menos diestro que otras veces.

Apenas se verificó el desembarco que

marchó al occidente, en donde se hallaban los enemigos, siguiéndole por la costa sus galeras; y evitó con tal arte el encuentro con las tropas sicilianas que sitiaban á Egesta, hizo con tanta prontitud el camino, que tuvo tiempo para apoderarse por negociacion de la ciudad de Erix, y de recobrar por asalto á Motia.

El tirano, por falta de provisiones, tuvo que volver á Siracusa, y el cartagines, para aprovecharse del buen puerto de Mesina, como tambien para interceptar los comboyes que viniesen de Italia al enemigo, se dirigió contra aquella despues de hacer alianza con los himerinos, y de imponer un tributo á los habitantes de Lipara. Himilcon logró su intento: se apoderó por medio de repetidos ataques de Mesina, y al poco tiempo de su permanencia en ella, viéndose auxiliado por muchos de los naturales que odiaban al tirano, marchó contra Siracusa.

Como era natural y prudente, la activi-

dad de Dionisio en prepararse á la defensa crecia á medida que era mayor lo inminente del peligro. Dió libertad á los siervos, mandó recoger los granos en las plazas fuertes, armó otras sesenta galeras, é hizo venir de Lacedemonia mas de diez mil hombres de tropa. De este modo reunió un ejército de treinta mil infantes, cuatro mil caballos y ciento noventa velas, con el cual se puso sobre Tauromenia.

Antes de encaminarse directamente á Siracusa, Himilcon mandó que sus naves, en número, segun dicen, de quinientas, sin contar con los transportes, singlasen á lo largo del monte llamado Tauro, que habian ocupado los sicilianos, y calculó tan bien sus movimientos con la gente de tierra, que á pesar del gran rodeo que hubo precision de dar, llegó al mismo tiempo que aquéllas. No pudiendo acercar sus tropas á la costa por estar todo el espacio que hay entre ella y el Etna cubierto de ceniza y lava que habia ar-

rojado el volcan, ordenó á su escuadra que navegase la vuelta de Catana, situada pocas leguas mas al sur, adonde él tambien acudiria.

Dionisio aprovechó la coyuntura de la desunion de las fuerzas enemigas para disponer con todas las suyas un ataque á la escuadra cartaginesa; pero Magon que la mandaba se mantuvo lejos de la playa para privar á la marina contraria del auxilio del ejército, y esperó en buen orden á los siracusanos. Leptines, almirante de Dionisio, acometió con mas impetuosidad que reflexion á las naves púnicas, que mas numerosas, y armadas por la proa con espolones y puntas de hierro y bronce, le derrotaron completamente.

La pérdida de los siracusanos en este combate naval fue grande: cien galeras echadas á pique y veinte mil muertos. Magon incendió cuantas naves cayeron en su poder, de modo que Himilcon y su ejército pudieron ver desde lejos la humareda, que por elevar-

se desde el puerto les anunciaba la victoria.

Los cartagineses marcharon á los pocos dias sobre Siracusa , en cuya bahía entró su armada ostentando los despojos del enemigo. Dionisio , que se habia encerrado en ella , y que empezaba á temer por su seguridad , vió llegar al mismo tiempo por otro lado el ejército de tierra , cuyo general se alojó en el templo de Júpiter , y las tropas á menos de tres cuartos de legua de las murallas.

Los siracusanos observaban desde las almenas , sin atreverse á salir , la tala de sus campos , que por espacio de treinta dias hicieron los sitiadores , hasta que habiéndoles llegado un refuerzo de treinta galeras , y sabiendo que en el campo enemigo se habia declarado una epidemia , cuyos progresos favorecian los calores de la estacion y la reunion de tanta gente , determinaron darles un ataque por mar y tierra. Concertóle tan bien Dionisio que el resultado fue muy funesto para los cartagineses. Mientras por una par-

te atacaba su infantería una fortaleza de éstos, y que por otra su escuadra se batía con la púnica que logró al fin incendiar, él, después de hacer un rodeo, cayó de improviso sobre el campo de los sitiadores en quienes hizo mucho estrago.

Himilcon, vencidas sus tropas, intentó salir de aquel conflicto por medio de las negociaciones; y el tirano de Siracusa, que para distraer á sus súbditos y conservarlos en su obediencia tenia interes en que no se debilitara mucho el poder de Cartago, respondió á las proposiciones de su adversario que aceptaria los trescientos talentos que le ofrecia para que protegiese su fuga, pero que no era posible que todos se salvaran sin que los siracusanos lo percibiesen, y que así partiese solamente con los que eran nacidos en la misma ciudad de Cartago. No tuvo el general cartagines bastante generosidad para desear un medio de salvacion que habia de producir la desgracia de aquellos aliados su-

yos por cuyo medio logró tantas victorias. Entregó pues el precio de su redencion, y se embarcó por la noche con sus compatriotas, con asombro de las demas tropas que ignoraban su proyecto innoble. Pero cuando empezaron á penetrar el misterio y se vieron acometidos en sus reales, unos se precipitaban despavoridos y aterrados en los escuadrones enemigos, y otros, rendidas las armas á los pies de Dionisio, imploraron su clemencia.

No hubiera sido extraño que en un conflicto como aquel, en que la incertidumbre y la falta de esperanzas suele enervar las fuerzas y abatir el corazon, hubieran los españoles imitado la conducta de sus compañeros, poniéndose á merced del enemigo; pero los historiadores nos dicen de ellos en particular, que replegándose armados enviaron un diputado á Dionisio, preguntándole si queria recibirlos en su servicio, y que éste admitió su ofrecimiento.

Tal fue el desgraciado fin de esta expedición, que despues de los mas brillantes principios se malogró como otras anteriores, mas bien por la influencia de causas físicas, contra las cuales es el hombre muy pequeño, que por malas disposiciones en su ejecución, ó por superioridad de parte del enemigo.

NOTA.

—

Los cartagineses, durante la guerra que prosiguieron en Sicilia contra Dionisio y sus sucesores, hicieron varias expediciones á esta isla, dos de las cuales capitaneó Magon. En la primera fue vencido por los siracusanos, y en la segunda hizo tan poco, que parece haber desembarcado con no mas objeto que el de renovar el tratado que antes habia celebrado con Dionisio. En otra expedicion perdieron primeramente la accion de Caballes, en la cual murieron diez mil cartagineses, y quedaron cinco mil prisioneros; pero ganaron despues la batalla de Cronion, matando catorce mil sicilianos. Un tratado de paz ventajoso para los africanos fue el resultado de esta guerra; pero por lo mismo que era desfavorable á Dionisio, le quebrantó así que halló una buena oportunidad. Esto produjo otra guerra, otra in-

vasion y otras capitulaciones, que fueron las últimas en los dias de Dionisio, por haber muerto poco despues.

Aunque es probable que los españoles acompañasen á los cartagineses en aquellas diversas invasiones () por hallarse estos establecidos en España, y porque tenian en mucho aprecio la milicia que sacaban de ella, no se nos dice espresamente que asi fue, como sucede en las ya referidas, y no deben por lo tanto referirse en una obra destinada á consignar los hechos de los españoles fuera de su pais, y que por el gran número de éstos será bastante voluminosa para que se pretenda henchirla con relatos de acciones que tal vez no ejecutaron.*

(*) Ferreras (Parte 1.^a, pág. 70) da por constante lo que no puede pasar de conjetura; y al citar la autoridad en que se funda, dice: Inferido de Diodoro Sículo, &c.

ESPEDICION**DE ESPAÑOLES Á LACEDEMONIA.**

EN la guerra que los lacedemonios hacian contra los beocios y otros pueblos de la Grecia, recibieron aquellos del rey de Siracusa un socorro de tropas en remuneracion de los grandes auxilios que éstos le habian enviado varias veces. Componíase de diez mil hombres, españoles y galos; no sabemos si los primeros fueron reclutados en España, ó si eran los restos de aquellos que ofrecieron sus servicios á dicho rey cuando los abandonó su aliado cartagines Himilcon. Estos llegaron á Corinto, y en union con los lacedemonios empezaron á operar contra el enemigo. En solos cinco meses que duró la campaña, porque Dionisio no los habia pagado por mas tiempo, se nos cuenta que se portaron tan bien

A. del M.
3635.
Ant. de J.
365.

en todos los encuentros y escaramuzas, que mataron gran número de beocios y de aliados de éstos, adquiriéndose reputacion de buenos soldados, y de hombres muy diestros en las armas, y despues de prestar muchos servicios importantes, fueron honoríficamente recompensados, y vueltos á enviar á Sicilia al fin del verano.

No hemos podido obtener mas particulares sobre esta espedicion; pero no será la última vez que veamos á los españoles en Grecia.

ESPEDICION**DE ESPAÑOLES Y CARTAGINESES Á ITALIA.****CAPÍTULO PRIMERO.**

Miras de Roma y Cartago. = Declaracion de la guerra. = Anibal nombrado general. = Su carácter. = Sus proyectos. = Sus disposiciones. = Tránsito de los Pirineos.

EN pocas empresas bélicas han cogido tantos laureles los españoles como en la que vamos á referir; porque acompañaron á aquel Anibal que por los singulares talentos que manifestó en esta guerra ha sido reputado aun en nuestros dias por uno de los generales mas grandes que se han visto en el mundo; y porque siendo partícipes de sus trabajos y de sus triunfos, tuvieron la gloria de vencer á los hombres mas guerreros, y de humillar el orgullo del pueblo mas poderoso.

*

Las dos repúblicas de Roma y de Cartago crecían diariamente en opulencia y en poder, y cada una veía con zelos los progresos de la otra, que se oponían á las miras de su engrandecimiento. Despues de la primera guerra púnica, los romanos, que salieron vencedores, quebrantaron el tratado que contrajeron con sus enemigos, imponiéndoles condiciones mas duras; y los cartagineses por su parte habian tambien violado los pactos que posteriormente celebraron con aquéllos. Añádanse á estos motivos, por un lado el odio del generalísimo de Cartago para con el pueblo romano, y por otro los sucesos prósperos en España de las armas cartaginesas, y tendremos esplicadas las causas de un rompimiento que no pudo diferirse entre dos potencias rivales, desde el momento en que se hallaron capaces de verificarlo.

Pero como los cartagineses fueron mas directamente ofendidos, porque sus contrarios, aprovechándose de sus reveses, les obli-

garon sin mas derecho que el de la fuerza á evacuar la Cerdeña , y á pagar mil talentos ademas de los señalados en la convencion reciente, tambien fueron los primeros que resolvieron la guerra ; y su general, despues de asegurarse la posesion de España por sus conquistas en ella, hirió en lo mas vivo la soberbia de los romanos con el ataque y toma de una de sus ciudades aliadas, y los impulsó á ser los primeros en declararse enemigos.

En efecto , despues de la destruccion de Sagunto (*), cuya defensa heróica ha pintado el pincel clásico de Livio, el senado romano

(*) Rollin hace empezar el sitio de Sagunto en el año 534 R.; la toman los cartagineses despues de ocho meses de sitio, luego se pasa un invierno, á la primavera siguiente parte Anibal para Italia, y hasta que nombraron cónsules á Servilio y Flaminio, dura el año de 534. Polibio dice que sucedió el año antes, como es mas probable, y pudo Rollin reparar en ello, porque Tito Livio hace reflexiones sobre el asunto. Mariana cree que fue dos años despues, esto es, en 536 R.; pero no pudo verificarse en el consulado de Escipion y Sempronio por las razones dichas. Grande es sobre esto la diversidad entre los autores.

envió embajadores al cartagines para preguntarle si su general habia atacado por orden suya á sus aliados saguntinos; y como se negasen á dar una respuesta satisfactoria, Quinto Fabio, que presidia aquella diputacion, recogiendo la toga y haciendo una bolsa con ella: "Aqui, dijo, os traemos la guerra y la paz: »tomad la que os agrade." Respondiósele á gritos con no menor orgullo, que diese la que quisiera: el romano dejando caer la túnica dijo que les daba la guerra, y los cartagineses contestaron que la aceptaban. Tales fueron las causas y principios de una guerra que puso al mundo en espectacion por sus resultados.

Cartago confió la direccion de ella al jóven Anibal, que teniendo despues de algunos años el gobierno de España, se habia grangeado, como sucede á los grandes generales, el amor de los soldados, porque admiraban sus disposiciones; y tambien el de los habitantes de la península, que le mira-

A. del M.
3784.
Ant. de J.
216.

ban como á compatriota (*). Muy poca edad contaba cuando le dieron este encargo, pero el valor y la sagacidad que manifestaba le hicieron acreedor á confianza tan grande de su patria.

Mientras militó á las órdenes de su cuñado Asdrubal desplegó unas disposiciones tan admirables para los dos muy diferentes oficios de obedecer y de mandar, que no es facil decidir si era mas amado de su general que de los soldados; porque aquél le nombraba con preferencia á los demas siempre que habia de hacerse alguna cosa de importancia, y éstos tenian mas confianza en él que en otro gefe cualquiera. A una grande intrepidez para lanzarse en los peligros, unia la prudencia mas reflexiva. No habia trabajo que fatigase su cuerpo ó abatiese su espíritu: sufría con igual constancia el frio y el calor:

(*) Anibal se habia casado con una española. Algunos autores dicen que su madre tambien lo era, y que él nació en una isla pequeña de las inmediatas á las Baleares.

el deseo natural, y no el placer, determinaba la cantidad de sus alimentos y bebida: no tenia horas señaladas para dormir, pues solo se entregaba al sueño cuando se veia libre de ocupaciones. Lástima es que á sus muchas virtudes uniese los vicios que se nos cuenta le rebajaban; pues cruel y pérfido, ni respetaba la verdad, ni en nada tenia lo sagrado de las promesas.

Este general, al prepararse á la guerra, resolvió hacerla en la misma Italia, para frustrar á los romanos en su esperanza de que la España sería el teatro de ella, y para mantener á su ejército con la devastacion del pais enemigo. Este intento, que evitaria á la península los males consiguientes á una invasion, presentaba grandes obstáculos para llevarle á efecto, por lo largo del camino, los pueblos bárbaros que habia de atravesar, y el tránsito de los montes Alpes, que cubiertos perpetuamente de nieve, y cortados por barrancas y precipicios espantosos, eran

como una barrera casi insuperable que defendia á Italia por la parte del setentrion.

Despues de tomar las mas acertadas medidas para conservar en su ausencia la posesion de España, reunió sus tropas compuestas de españoles y africanos, y saliendo de sus cuarteles de invierno de Cartagena, emprendió la marcha hácia el Ebro, y pasó este rio al frente de noventa mil infantes, y cerca de doce mil caballos. Despues de reñidas acciones, y con pérdida de mucha gente, sometió algunos pueblos de la margen izquierda, separó de su ejército diez mil infantes y mil caballos, con los cuales encargó á Hanon la conservacion de las gargantas que separan á España de Francia, y la guarda de los bagages de los que le seguian.

Cuando empezaron á pasar los Pirineos, tres mil carpetanos, á causa de las dificultades que se decia presentaba el camino, se apartaron de sus banderas (*); y Anibal te-

(*) A pesar de que Polibio (*Lib. 3.º*) no refiere esta

miendo el contagio de aquel ejemplo, conociendo que no podría retener á los otros contra su voluntad, deseando dejar amigos en España, y queriendo manifestar que aquellas tropas se habian retirado por orden suya, licenció otros siete mil, y de este modo un gran número de españoles fueron privados de tener parte en sus victorias esclarecidas. Con estas pérdidas el ejército solo constaba de cincuenta mil infantes y nueve mil caballos cuando despues de pasar aquellos montes acampó junto á Illiberis, pueblo situado en la costa oriental del mediodia de la Francia (*).

desercion de los carpetanos, la causa á que atribuye el licenciamiento de diez mil hombres no parece bastante para desechar el relato de Tito Livio.

(*) Illiberis es hoy Colioure, dice Rollin.

CAPÍTULO II.

Marcha por las Galias. = Medidas de Roma. = Preparativos de Anibal para el tránsito del Ródano. = Jornada de Hanon. = Derrota de los bárbaros.

Los bárbaros que habitaban aquella parte de las Galias temieron por su libertad así que supieron la llegada de Anibal, y acudieron á las armas. Éste, mas temeroso de la demora que de la guerra, les envió á decir que queria hablarles para hacerles ver que no traia contra ellos intenciones hostiles; que no habia venido á su pais como enemigo sino como huesped, y que si ellos no le obligaban, no sacaria la espada hasta llegar á Italia. Los régulos de la comarca, ganados con sus ofertas y dones, permitieron al ejército el paso por sus confines. Entonces, siguiendo la direccion de la costa, marcharon al norte, y torciendo despues al oriente prosiguieron encaminándose al Ródano. No hicieron sin tra-

bajos esta jornada, ya por las dificultades del camino, ya porque tenían que vencer con la espada á aquellos galos del pais que no lograban conciliarse con presentes.

El pueblo romano, en poco mas de cinco siglos, no solo se habia apoderado de toda la Italia y de algunas islas adyacentes, sino tambien de otros paises del continente de Europa. Una admirable serie de triunfos, debidos á su buena política y á su espíritu belicoso, le daban una influencia considerable en los acontecimientos de los tiempos, y le preparaban la preponderancia que iba á adquirir sobre todas las naciones, y la dominacion final del mundo conocido. La perfecta armonía de las partes de aquella máquina, que parecian ajustarse mejor y consolidarse mas por los mismos sacudimientos que de cuando en cuando sufría, la convirtieron en una masa compacta, capaz de resistir á los mas violentos ataques exteriores: su disciplina militar, formada por la espe-

riencia de tantas campañas, hacia formidables á sus legiones endurecidas con las fatigas de la guerra; y el orgullo del pueblo, que se decia destinado para señorear al mundo, ofrecia á su gobierno cuantos recursos pretendiera de él para el logro de tales miras. Esta era la nacion que tuvo Anibal el arrojo de atacar con tan escasas fuerzas (*).

Lastimada su soberbia con los procedimientos del general cartagines, apenas se declaró formalmente la guerra, que tomó las medidas mas eficaces para su venganza. El cónsul Publio Cornelio Escipion, al tiempo que su colega Tito Sempronio hacia una expedicion contra el África, pasó con sesenta galeras á Marsella, ciudad de las Galias cer-

(*) «Por poco que se haya acostumbrado cualquiera á leer historias con reflexion, admirará forzosamente un designio tan grande, noble y atrevido como el de Anibal, que acomete la empresa de atravesar un espacio de cuatrocientas leguas de tierra para ir á atacar á los romanos en el mismo centro de su imperio, sin que le detuvieran las dificultades sin número que infaliblemente habia de encontrar en semejante designio.» *Rollin, tom. 2.º, pág. 346.*

ca de las bocas del Ródano, y la única por aquella parte aliada de los romanos. Cuando llegó á aquel punto, supo y creyó apenas que Anibal habia ya pasado los Pirineos, y resolvió oponérsele en el tránsito del Ródano; pero no apresuró sus disposiciones pensando que su enemigo debia hallarse todavía muy distante por los obstáculos que se oponian á su marcha.

En tanto el general cartagines habia llegado á las orillas del Ródano á cuatro jornadas de su desembocadura y acampado en el territorio de la nacion poderosa de los volscas. Habitaban estos las dos márgenes del rio, pero no creyéndose con fuerzas para rechazar á los invasores, casi todos pasaron al otro lado, y allí se establecieron para impedir el paso del ejército. Anibal consiguió de los habitantes que se habian quedado gran número de las muchas canoas y esquifes que tenian para el comercio que entre ellos hacian; y los soldados, estimulados ó por la abundancia de los

materiales, ó por la facilidad de la obra, construian tambien muchas balsas para pasar con sus efectos. Terminados estos preparativos, resolvió Anibal desalojar á los bárbaros, que con multitud de caballería é infantería ocupaban la orilla opuesta, y hacian impracticable el tránsito por aquella parte.

Para esto mandó á Hanon, hijo de Bomilcar, que con un destacamento compuesto en la mayor parte de tropas españolas, partiese al anochecer, marchase durante un dia rio arriba, le atravesase cuando para ello encontrara un parage oportuno, y con el mayor sigilo posible, y despues dando un rodeo atacase por la espalda á los enemigos.

Hanon, guiado por prácticos galos, partió al anochecer, y despues de andar como diez leguas (*), llegó á un lugar donde dividiéndose el rio en dos partes, formaba una isla

(*) Estas leguas son de solas cuatro mil quinientas varas castellanas, ó de veinte estadios, que, fiándome del diccionario de M. Planche, tiene cada uno noventa y

pequeña. Allí hizo alto, y trabajó con actividad en el corte de la madera para formar el número de balsas necesarias, en las cuales pasaron los bagages y los soldados africanos, porque los españoles atravesaron á nado echándose sobre sus escudos de cuero. Acampados en la otra orilla se repusieron con el descanso de un dia entero de las fatigas del camino y del trabajo. Partidos de este punto á la siguiente aurora, hicieron ahumadas para advertir á Anibal de que ya habian pasado; y apenas las vió éste, que dió órdenes para empezar el tránsito.

Embarcóse la infantería ligera en las canoas, y la caballería pesada en las balsas, que formando una línea en la parte superior del rio, disminuian algun tanto el ímpetu de las aguas, y hacian mas seguro para las canoas el paso de la parte inferior. Los

cuatro toesas y media francesas, ó doscientas veinte y media varas; de modo que las diez leguas se reducen á seis y media próximamente de las nuestras de veinte mil pies.

caballos pasaban á nado llevándolos de las bridas los hombres de los bateles ; aunque en estos iban algunos ensillados y prontos para que inmediatamente que se tocase á la otra orilla saltasen sobre ellos los ginetes.

Advertidos los bárbaros del intento de sus enemigos, se presentaron en copioso número para oponérseles, dando terribles alaridos, agitando sobre sus cabezas los escudos, y vibrando los dardos; pero no dejaban de atemorizarse al ver venir del otro lado tantos bateles y canoas en medio del estrépito del rio, y de los gritos que daban los marineros y soldados procurando vencer la fuerza de la corriente ; y como los cartagineses que quedaban en la otra orilla animaban á sus compañeros con grande algazara, el todo representaba un espectáculo pavoroso.

Cuando ya iban los galos á acometer á los que se aproximaban á la orilla, oyeron á sus espaldas el gran ruido causado por las armas y gritos de Hanon y de los suyos

que atacaban sus tiendas; de suerte que se hallaron acosados al mismo tiempo por el frente y por retaguardia. Anibal en tanto formaba sus tropas en batalla á medida que desembarcaban, y las condujo luego contra los bárbaros, que desordenados y atónitos con lo improvisado del caso, volvieron prontamente las espaldas y se pusieron en fuga.

Superado aquel obstáculo, mandó Anibal que pasasen las tropas que estaban aún en la margen opuesta, y cuando lo hubieron ejecutado sentó sus reales junto al río. Para pasar á los elefantes echaron al agua una balsa de doscientos pies de largo y cincuenta de ancho, la aseguraron con maromas á la orilla para que no se la llevase la corriente, y la cubrieron de tierra para que los brutos entrasen en ella sin temor, pues aunque estaban acostumbrados á obedecer á los indios, éstos no conseguían jamas meterlos en el agua. A esta balsa se unió otra de igual anchura y de cien pies de largo, que habia de despren-

derse de la primera y mover al otro lado; y para que los elefantes, que estaban ya en la estable, pasasen á la movable, hicieron entrar primeramente á las hembras. Entonces cortaron las amarras, y los esquifes empezaron á remolcarla.

Las fieras se alborotaron por lo pronto agitándose á un lado y otro, pero se contuvieron por temor del rio, y temblando permanecian apiñadas en medio de la balsa. Algunas hubo sin embargo que se arrojaron á nadar, pero como respiraban facilmente á causa de la longitud de sus trompas que sacaban sobre el agua, vencieron aunque con trabajos la fuerza de la corriente, y todos pasaron salvos á la margen opuesta. No participaron de su buena fortuna los conductores, pues todos ellos perecieron.

CAPÍTULO III.

Escaramuza con romanos y descalabro de los numidas. = Dudas de Anibal. = Su llegada á la isla, y al pie de los Alpes.

Mientras se verificaba el tránsito de los elefantes, Anibal, que ya sabia la llegada de Escipion á las bocas del Ródano, habia enviado quinientos caballos numidas hácia el campo romano para hacer un reconocimiento. No tardaron en encontrar un cuerpo de trescientos hombres de caballería que el general enemigo, desde su arribo, habia destacado á explorar el pais; y se originó una accion vivísima, en que al cabo fueron derrotados y puestos en fuga los numidas, perdiendo mas de doscientos. Siguieron los romanos el alcance hasta llegar á vista de los reales púnicos, y observándolos, volvieron á noticiar al consul su proximidad.

Este contratiempo impensado puso en du-

da al gefe cartagines sobre si proseguiria en su intento de marchar directamente á Italia, ó si ofreceria la batalla al primer ejército romano que se le presentase; pero le disuadieron de esto último los diputados de los galos boyos, y del régulo Magilo ó Matalo, que le prometieron su cooperacion, y enseñarle otro camino, por el cual evitando un encuentro, no tendria necesidad de debilitar su corto ejército con inútiles acciones.

El rumor que se esparció entre la tropa de que los Alpes eran intransitables, hizo que contra la opinion de los galos manifestasen deseos de que se adoptase el segundo partido; pero Anibal, que tanto influjo tenia sobre los soldados, los reunió, y recordándoles las dificultades que ya habian vencido, sus victorias anteriores, los motivos que tenian para odiar á los enemigos de su pais, el objeto de su espedicion, que era apoderarse de la capital del mundo y extinguir el nombre romano; y últimamente, procurando disminuir

el terror que habian causado en sus ánimos las descripciones que oyeran de la escabrosidad de los Alpes, consiguió animarlos para comenzar la jornada.

El ejército movió al dia siguiente, saliendo primero la infantería y formando la retaguardia los elefantes y caballos. Para no tropezar con los romanos, marchaba á orillas del Ródano, internándose en la Galia; y á los cuatro dias llegó á la confluencia de este rio con el Isara (*).

(*) La isla adonde llegó Anibal, segun Rollin, era formada por la confluencia del Isara y del Ródano. «El »testo de Polibio, *continúa*, tal como hoy le tenemos, »y el de Tito Livio, sitúan á esta isla entre el Saona y »el Ródano, donde ahora está la ciudad de Leon. *Se »cree que esto es un error.* El testo griego decia *Scoras*, »y á esta palabra se ha sustituido *Araros*. Jac. Grenove »dice haber visto en un manuscrito de Tito Livio *Bi- »sarat*, lo que demuestra que se debia leer *Isara Rho- »danusque amnes*, y que la isla de que se trata es la »que hacen el Isara y el Ródano. La situacion de los »allobroges, de quienes se habla aqui, parece ser de es- »to una prueba evidente. No entro en esta especie de »discusiones, y he creido que debia admitir la correc- »cion.” Yo la he admitido tambien, porque ademas de estas reflexiones, veo que aquel parage, y no el otro, convienen con las distancias de los lugares. Cuando llegó Anibal á las márgenes del Ródano, estaba á cua-

En este parage, que llamaban la Isla, se disputaban el mando dos hermanos, el menor de los cuales, aunque con menos derecho, habia desposeido al mayor; y como hubiesen nombrado á Anibal por árbitro de sus desavenencias, éste, conociendo el partido á que se inclinaban los principales del pais, los halagó declarando preferentes los derechos del mayor, quien en agradecimiento le auxilió con víveres, vestidos, armas y escolta, hasta que llegase á las faldas de los Alpes; y semejantes socorros le fueron de mucha utilidad, porque tenia que pasar por las tierras de los allobroges, una de las naciones mas poderosas de la Galia (*).

tro jornadas de sus bocas, que serian probablemente unos quinientos estadios; es decir, llegaria un poco mas al norte del lugar en que las cartas antiguas sitúan á *Aurasio*; y como tardó *cuatro jornadas* en llegar á la isla, ésta, por la distancia, debe ser la que se halla en el confluente del Ródano con el Isara, y no con el Saona.

(*) Livio dice que estas discordias de los hermanos sucedieron entre los allobroges, y no da nombre particular á los otros galos que acometieron despues á Anibal: Polibio al contrario, dice que no fueron sus aliados los allobroges, antes luego se batieron contra ellos.

De la Isla se encaminó Anibal á los Alpes, no directamente, sino que tiró á la izquierda hácia los tricastinos; pasó luego por el confin de los voconcios al pais de los tricorios, y no encontró obstáculos en su marcha hasta llegar al rio de Druencia, que naciendo tambien en los Alpes era el mas peligroso de pasar de toda la Gاليا, por las mudanzas incesantes de sus vados, y por los muchos peñascos que acarreaba. Pero despues de vencidas estas dificultades esperaban á los cartagineses otras mayores, cuando al fin se vieron al pie de aquellas célebres montañas.

Esta duda es de poca importancia, pero he preferido la bien conocida exactitud de Polibio, confirmándome en ello el ejemplo de Rollin, que así lo hace.

CAPÍTULO IV.

Los Alpes. = Emboscada de los bárbaros. = Su derrota. = Otra emboscada.

Entonces vió Anibal que aunque en verdad no eran tan escabrosos los montes como los pintaba la fama, con todo presentaban el espectáculo mas melancólico por sus empinadas cimas, que cubiertas de nieve se ocultaban en las nubes; las informes chozas que se encontraban construidas en las peñas; los rebaños, los animales ateridos de frio, toda la naturaleza yerta, y sus habitantes salvages, barbudos y cubiertos de cabellos larguísimos.

Por otra parte los bárbaros, que mientras marchó por las llanuras se habian abstenido de molestarle por temor de la caballería y de los otros galos que le acompañaban, así que se retiraron éstos y que empezó á entrar el ejército por las quebradas, se reunieron en gran número en las alturas

y puestos ventajosos por donde precisamente habian de pasar. Los primeros que marchaban tuvieron la fortuna de descubrir las emboscadas de los salvages; Anibal mandó hacer alto, y sabiendo por sus descubridores que era imposible el tránsito, acampó en el valle mas estenso que pudo hallar entre aquellas escabrosidades.

Informado por los mismos galos de que los bárbaros se retiraban por la noche de sus posiciones, imaginó la siguiente stratagemata. Hizo que á vista de los enemigos se adelantase el ejército hasta llegar al pie de la montaña, sentó allí sus tiendas y pasó todo el dia inmediato fortificándose para encubrir sus intentos (*). Así que llegó la noche y supo que los enemigos se habian retirado, mandó encender muchos fuegos, y dejando los

(*) Parece regular que si Anibal hubiese ordenado repetidos ataques contra los bárbaros, como dice Rollin, éstos hubieran sospechado su intento, y no se habrian retirado aquella noche á pesar de la costumbre que tenian de hacerlo. Nuestra narracion es conforme á Polibio y Livio.

bagages con toda la caballería y la mayor parte de la infantería, marchó con soldados escogidos armados á la ligera, y se situó en las mismas alturas que acababan aquellos de abandonar.

Al amanecer empezó el resto del ejército á internarse tambien por las gargantas. Los montañeses, que venian ya á colocarse en sus puestos, se sorprendieron con la vista de los enemigos; pero observando la confusion con que atravesaban los desfiladeros, y estando ellos acostumbrados á correr por las rocas, se apoderaron de los puntos que dominaban á los cartagineses que avanzaban, é hicieron rodar sobre ellos peñascos enormes. Como al mismo tiempo se vieron estos acometidos por la retaguardia, tuvieron una gran mortandad por no poder ordenarse ni combatir, á causa de las quiebras del terreno. Los caballos hacian todavía mas daño al ejército que los golpes de los enemigos, pues aterrados con la estrepitosa algazara que retumbaba por aquellos

cóncavos, y heridos por las piedras y dardos de los bárbaros, se precipitaron contra los infantes y bagages, y mataron muchos de los unos y los otros; porque como no solo era el camino angosto y áspero sino tambien muy pendiente, al menor movimiento se despeñaban, y las acémilas cargadas rodaban por aquellos profundos precipicios con un estrépito horroroso. Así todo era confusion y desorden.

Anibal, que contemplaba desde las alturas aquel espectáculo lastimoso, no perdió su presencia de ánimo. Viendo que estaba cortado el ejército, y que iba á perder los bagages, sin los cuales no habria remedio ni aun para los que se salvarsen de allí, se arrojó impetuosamente sobre los enemigos, consiguió desordenarlos y esterminó gran número; aunque aumentó la confusion de los suyos por los bárbaros que se remolinaban sobre ellos. Éstos, ya muertos muchos y fugitivos los restantes, dejaron libre el paso al ejército por

las gargantas, pero costó un trabajo inmenso conducir por ellas á las acémilas.

En seguida atacó y tomó el pueblo donde se refugiaban los galos, y las aldeas circunvecinas; repartió á sus tropas víveres para tres dias, con los rebaños de los vencidos, y como era menos difícil el camino, logró hacer una jornada regular. Esta victoria fue muy útil al ejército, porque además del temor que se apoderó de los bárbaros, consiguió abundancia de comestibles, y reponer los caballos y acémilas que habia perdido.

Al cuarto dia de marcha llegó Anibal á un pueblo de muchos habitantes, donde se vió espuesto á peligros no menores que los que acababa de experimentar. Presentósele una diputacion compuesta de los principales del pais, que salieron á su encuentro con ramos de oliva y guirnaldas; lo cual era entre ellos un símbolo de paz. Dijéronle que sabedores de los males de sus comarcas, querian mas la amistad que sufrir el rigor de los car-

tagineses; que estaban prontos á obedecer sus órdenes, que le procurarían bastimentos, le servirían de guías y le entregarían rehenes. El general, sin darles crédito ni manifestarles desconfianza, les respondió con afabilidad, aceptó sus provisiones y rehenes, y aunque se sirvió también de sus guías, marchaba con su ejército bien ordenado y pronto para cualquier acontecimiento. Puso los elefantes y caballos en la vanguardia, y él con el grueso de la infantería se adelantaba con la mayor precaución.

Por espacio de dos dias avanzó sin novedad, pero cuando llegó á un parage en que el camino, dominado por una eminencia, era mas estrecho, salió un enjambre de bárbaros de aquellos bosques, le acometen por el frente y por las espaldas, y arrojan sobre el ejército una lluvia de flechas y de peñascos que desprendían de las cumbres. La retaguardia sobre todo padeció mucho con el acometimiento de los enemigos, y se vió patente-

mente que todos hubieran perecido sin las medidas precautorias que Anibal habia tomado. El general acudió con su infantería al apoyo de los pesadamente armados que cerraban la marcha, y repelió á los galos; pero estos por otro lado le cortaron de la caballería y bagages, y toda la noche estuvo el ejército dividido y sin comunicaciones.

A pesar del buen orden con que se habia marchado, fueron muchos los hombres y caballos que perecieron; y al siguiente dia, disminuido ya el número de los enemigos, logró reunirse todo el ejército despues de algunas reñidas escaramuzas. En lo sucesivo no se atrevieron los montañeses á acometerlos de cerca, y se contentaban con incomodarlos con sus armas arrojadizas, y con atacar á los que se separaban de la formacion. Los elefantes sirvieron de mucho aquella vez, pues asombrados los enemigos con la novedad del espectáculo, no se acercaban por la parte en que iban.

CAPÍTULO V.

Bajada de los Alpes. = Enumeracion de las fuerzas de Anibal.

Al noveno dia, y despues de haber hecho varios rodeos por parages casi intransitables, fuese por ignorancia, fuese por mala fé de los guias, llegaron á la cumbre de los Alpes. Alli hicieron un alto de dos dias para que tomasen algun descanso los soldados, fatigados por tantos trabajos y peleas; y durante aquel tiempo algunas de las bestias que habian caido en las barrancas, guiándose por las huellas de las otras, se presentaron en el campo con asombro de todos.

Era entonces el fin del otoño; ya estaban los montes cubiertos de nieve; y Anibal, al dar orden para que avanzasen las enseñas, notó en los semblantes de los suyos, abatidos por tantos padecimientos, el mayor desmayo y consternacion. El general para animarlos se

adelantó á la vanguardia, y colocándose en una eminencia que dominaba todo el paisaje, hizo ver á los suyos aquella Italia por que tanto habian suspirado; y señalándoles los campos que baña el Po, los caminos fáciles que despues de bajar al llano les esperaban, y la direccion en que se hallaba Roma, término que habia de ser de sus fatigas (*), consiguió infundirles nuevas esperanzas y disipar su melancolía.

Las tropas continuaron la marcha al dia siguiente, á vista siempre de los salvages que les amenazaban sin atreverse á llegar á las manos; pero los trabajos todavía mayores que habian de sufrir por las escabrosidades del camino, iban á causarles pocas menos pérdidas que los ataques anteriores de aquellos. Dióse principio á la bajada, y como los Alpes de Italia son mucho mas pendientes que

(*) La distancia que anduvo el ejército de Anibal desde Cartagena hasta Italia, fue de ocho mil y cuatrocientos estadios, ó doscientas setenta y ocho leguas y un tercio de las nuestras, segun cálculo de Polibio.

los de la Galia , y las sendas no solo estrechas y muy rápidas, sino que estando ademas ya cubiertas de nieve eran resbaladizas, resultaba que los soldados no podian sostenerse cuando una vez perdian el equilibrio, y despeñados, como tambien las bestias, por aquellos precipicios, morian dolorosamente.

Presentóseles luego á la vista un obstáculo todavía mayor. Era una roca, por medio de la cual se estrechaba á tal punto el desfiladero, que no permitia pasar á los elefantes y acémilas; y tan pendiente, que apenas podian bajar los soldados aun apoyándose con todos los puntos de su cuerpo, y agarrándose de los matorrales y raices. Las tropas empezaron otra vez á desanimarse; pero llegó á su colmo el desaliento al ver que el término de aquella senda era un precipicio de mas de mil pies de profundidad, formado recientemente por haberse hundido el terreno.

Anibal pensó evitar aquel estorbo haciendo un gran rodeo, mas no tardó en conocer

que esto era impracticable ; porque con los pasos de tantos hombres y caballos se habia consumido la poca nieve que habia sobre el hielo , el cual presentando al pie una superficie tersa era aun mas resbaladizo por la inclinacion rápida del terreno , que por aquella circunstancia. Los caidos que ayudándose de las manos y rodillas procuraban levantarse, daban otras tantas caidas , porque ya en aquellos parages no habia troncos ni arbustos de que agarrarse. Las caballerías , como hacian mayores esfuerzos con los cascos para sostenerse , solian romper el hielo que pisaban , y quedaban sin movimiento por la imposibilidad de desprenderse.

En vista de estos trabajos fue preciso abandonar aquel empeño y acampar al borde del precipicio , quitándole antes la nieve que tenia. Destinados algunos soldados á rebajar una peña , por la cual solo podia hallarse paso , derribaron algunos árboles grandes que habia en las inmediaciones, y forma-

*

ron una inmensa hoguera debajo de la roca, que no tardó en calcinarse y en dejarse cortar mas fácilmente (*). Con el trabajo que se deja considerar, lograron abrir camino hasta para las acémilas y elefantes; y como tardaron cuatro dias en semejante faena, ya estaban los animales casi moribundos de hambre, pues ademas de ser peladas aquellas cumbres, la poca yerba que suele encontrarse estaba debajo de la nieve. Al fin vieron el término de sus padecimientos: presentáronse á sus ojos los verdes campos del Po, y á los tres dias de haber salvado aquel precipicio, acamparon en sus deliciosas llanuras.

(*) Tito Livio dice que para facilitar esta operacion bañaron la roca con vinagre; y en este lugar tiene Rollin la siguiente nota: «Muchos reputan este hecho como supuesto é imposible. Con todo Plinio hace observar la fuerza del vinagre para romper piedras y rocas. » *Saxa rumpit infusum, quæ non ruperit ignis antecedens*, lib. 23, cap. 1.º Por lo cual llama el vinagre *succus rerum domitor*, lib. 33, cap. 2.º Dion; hablando del sitio de la ciudad de Eleutera, dice que se hicieron caer las murallas á fuerza de vinagre, lib. 36, pág. 8. Parece que lo que da origen á la duda es la dificultad de hallar en aquellas montañas la cantidad de vinagre necesaria para esta operacion.»

Entraron las tropas invasoras en Italia á los cinco meses de su partida de Cartagena, y á los quince dias de haber empezado el tránsito de los Alpes. De los cincuenta mil infantes y nueve mil caballos que pasaron los Pirineos, las batallas, los rios que habian atravesado, los caminos largos y penosos que habian recorrido, y los derrumbaderos por que acababan de transitar, redujeron su número, segun Polibio, á doce mil infantes africanos, ocho mil españoles, y seis mil caballos (*); pero el número total de tropas

(*) De estos seis mil caballos parte eran numidas y parte españoles; pero no hemos podido saber con separacion el número de unos y otros. Por un dato que nos suministra Polibio en su narracion de la jornada del Trebia, se infiere que los doce mil hombres de infantería no eran todos africanos, sino que habia españoles entre ellos; y como entonces nombra por primera vez á los baleares, que pasaron los Alpes con Anibal, puesto que todavía no habia recibido nuevas tropas, casi puede afirmarse que llevaba diez y seis mil hombres de infantería entre naturales de nuestra península y mallorquines, y que solo el tercio de su ejército invasor se componia de africanos. Esta conjetura se confirma por la política del general, que al paso que traia tropas cartaginesas á España, sacaba de ella españoles que enviaba al África y á otros puntos.

que invadieron esta vez á Italia, ascendió, segun Cincio Alimento, cuyo cómputo estima escaso Tito Livio que le cita, á ochenta mil infantes y diez mil caballos, contando á los galos que le acompañaban, é incluyendo á los ligures, pueblos del Genovesado, que se le reunieron despues.

CAPÍTULO VI.

Espedicion de Anibal contra los taurinos. = Llegada de Escipion. = Su marcha desde Marsella en persecucion de los cartagineses. = Su vuelta á Italia. = Efecto que causó en Roma la noticia de la invasion. = Aproximacion de los dos ejércitos enemigos. = Ofertas de Anibal á sus soldados. = Primer encuentro con los romanos. = Accion del Tisino.

Los primeros cuidados de Anibal se encaminaron á reponer á su ejército de las fatigas que acababa de sufrir, pues los trabajos, las hambres, el desaseo y miserias les daban el aspecto horrible de unos hombres salvages (*).

(*) Livio pinta de este modo el fatal estado del ejér-

Así que el descanso y la abundancia hubieron restaurado á sus soldados, trató de aprovecharse de la guerra que los taurinos, habitantes del pie de los Alpes, tenían con los insubrios, situados algo mas al norte, para atraerlos á su alianza; pero aquellos hombres, recelosos de los intentos de los cartagineses, desecharon sus proposiciones, y el general moviéndose con su ejército contra la capital, le puso sitio, la tomó á los tres dias, pasó á cuchillo á todos los que se le habian opuesto, é infundió tal terror en los bárbaros de la comarca, que todos acudieron al momento á ofrecérsele.

En esto recibió Anibal la noticia de que el consul Cornelio Escipion habia pasado el Po con sus legiones, y se hallaba inmediato; mas no podia dar crédito á ella cuando re-

cito y su reposicion: "*Sed armare exercitum Annibal.....*
 »(in reficiendo maximè sentientem contracta ante mala)
 »non poterat: otium etenim ex labore, copia ex inopia,
 »cultus ex illuvie tabeque, squalida et prope efferata cor-
 »pora variè movebant."

flexionaba que pocos dias antes le habia dejado á las bocas del Ródano, y que la navegacion de Marsella á las costas de la Etruria, y los caminos de esta provincia á los parages donde él se hallaba, parecian exigir mucho mas tiempo.

Pero el general romano, desde que supo por aquellos descubridores que habian derrotado á los de Anibal, que éste se acercaba á las márgenes del Ródano, habia partido con todas sus fuerzas en su seguimiento, y llegó á los tres dias al parage por donde habian pasado el rio los cartagineses. Conociendo que no podia ya alcanzarlos, porque marchaban á largas jornadas, se asombró de la determinacion de su caudillo, pues jamas creyó que para ir á Italia se atreviese á tomar un camino en que los pueblos bárbaros por donde habia de pasar, no le presentaban menos obstáculos á sus designios que la misma naturaleza. Desengañado al fin, se retiró á sus naves, embarcó inmediatamente las tro-

pas, envió la mayor parte de ellas á España, cuya conquista se le habia encargado, á las órdenes de su hermano Cneo Escipion, para pelear contra Asdrubal, y volvió á Italia, donde tomando las legiones recién alistadas que se hallaban en la Etruria, marchó con ellas á esperar á los cartagineses al pie de los Alpes para atacarlos al tiempo de bajar, y cuando todavía no se hubiesen repuesto de las fatigas de la jornada.

Grande fue la confusion que hubo en Roma cuando se supo que Anibal habia entrado en Italia, y amenazaba algunas ciudades. Los romanos, que habian proyectado sitiar á Cartago, y que para esto habian enviado un ejército á Sicilia, despacharon inmediatamente comisionados á Lilibea para informar al consul Sempronio de la llegada del enemigo, y decirle que dejándolo todo acudiese á defenderlos. Éste envió al instante la escuadra á la embocadura del Tiber, y ordenó á los tribunos que marchasen con las

tropas de tierra á Ariminio, ciudad de la costa oriental de Italia al mediodia del Po.

Como el general africano sacó sus tropas de las tierras de los taurinos, y Escipion marchaba tambien á su encuentro, los dos ejércitos contrarios no tardaron en acercarse en las inmediaciones del Tisino (*); y los generales que mutuamente se respetaban, arengaron á sus tropas, diciéndoles cuanto en aquellos casos parece oportuno para animarlas.

Al mismo tiempo que los romanos ejecutaban las órdenes de su consul, de echar un puente sobre este rio, Anibal envió á Maharbal (**) con un cuerpo de quinientos caballos numidas á talar los campos de los aliados de Roma, encargándole que respetase los de los galos para atraerlos á su partido; pero sabiendo que el ejército enemigo habia

(*) El Tisino es un rio pequeño de Italia en Lombardia.

(**) Así le llama Livio; mas Polibio en todo el curso de esta campaña le llama Asdrubal. Parece que este último era el comandante general de toda la caballería, y el otro el de la española.

pasado el puente, y que penetrando por el territorio de los insubrios habia avanzado hasta cinco millas de sus reales, mandó decir á Maharbal que volviese inmediatamente, y estimuló de nuevo á sus soldados con las ofertas que les hizo.

Prometióles tierras libres de cargas transmisibles á sus hijos en cualquier parte de Italia, África ó España que eligiesen; que daría el valor de ellas en metálico á los que así lo desearan; y que conseguiria para ellos y sus aliados los derechos de ciudadanos de Cartago. Hizo ademas otras muchas ofertas, y para probar que pensaba cumplirlas tomó un cordero con la mano izquierda y un pedernal con la diestra, y pidió á Júpiter y á sus otros dioses que si quebrantaba aquellos juramentos le matasen como iba él á hacerlo con la víctima; y en seguida rompió con la piedra la cabeza del animal. No es extraño que sostuviese el valor de sus tropas, y que les infundiera mas audacia con la pers-

pectiva lisonjera que les mostraba en aquella empresa.

Los dos ejércitos movieron el uno para el otro á la orilla del Tisino, llevando los romanos el rio á la izquierda, y los cartagineses á la derecha. Anibal con su caballería, y Escipion con la suya y los flecheros de á pie, se adelantaron á reconocer las fuerzas enemigas. Una nube de polvo anunció la proximidad de los exploradores, y se dispusieron para la accion. El consul colocó á su frente á los flecheros y á la caballería gala, y en la reserva á todos los romanos y aliados que llevaba: el invasor puso los caballos numidas en las alas, y la restante caballería en el centro.

Apenas empezó la algazara de los soldados, que los flecheros al ver que les venia encima el enemigo, huyeron por los intervalos de sus propios escuadrones, despues de disparar los primeros dardos; y entonces se empeñó una accion de caballería, que es-

tuvo por algun tiempo dudosa, hasta que los numidas, saliendo de las alas con sus caballos sin freno (*) envolvieron á los romanos por la espalda. No pudiendo éstos resistirles, pusieron en medio á su general, que salió herido (**), y formándose en masa se fueron retirando poco á poco á los reales. El campo quedó por los cartagineses, pero aunque fue grande la pérdida de los romanos, la suya fue mucho mayor.

CAPÍTULO VII.

Retirada de Escipion.=Defecion de un cuerpo de galos que le auxiliaban.= Llegada del consul Sempronio.= Escaramuza junto al Trebia.

Viendo Escipion que el enemigo era superior en caballería, resolvió trasladarse á un

(*) Se nos cuenta que los numidas no ponian freno, brida ni silla á los caballos.

(**) Dícese que el célebre Escipion, llamado despues el Africano, hijo de este consul, fue quien le salvó la vida, aunque solo contaba entonces catorce años.

pais menos llano. Aquella misma noche partió á grandes marchas con direccion al Po, y pasando este rio por el puente de balsas que habia echado sobre él, llegó á Placencia antes que supiese Anibal su retirada.

Este siguió luego sus pasos, y cogió prisioneros seiscientos hombres que habian quedado en la margen opuesta; pero no pudiendo atravesar por estar obstruido el puente, volvió rio arriba otra vez, y al cabo de dos dias halló parage adecuado para echar uno de balsas. Magon fue quien pasó primero con la caballería ligera española; y mientras Anibal se quedaba en la otra orilla para dar audiencia á los embajadores galos comarcanos, que por la victoria del Tisino se declararon en su favor, éste marchó una jornada hácia Placencia, donde se hallaban los enemigos. El resto del ejército no tardó en seguirle, y entonces avanzando todos juntos se presentaron formados en batalla á vista de los romanos; mas al ver que no hacian movimien-

to alguno, se atrincheraron á mas de legua y media de distancia.

Aquella noche (*) cerca de dos mil infantes y doscientos caballos galos, que militaban bajo las banderas romanas, movidos por los prósperos sucesos de los cartagineses, se pasaron á éstos, despues de degollar á las guardias de las puertas. Este ejemplo fue imitado por los otros galos del pais, que acudieron á alistarse en gran número en el ejército invasor, y entre otros los boyos que habitaban al mediodia de Placencia.

Escipion, para evitar los progresos de

(*) Anquetil comete un anacronismo al decir (tomo 3.º, pág. 341) que Anibal debió en parte la victoria del Tisino á la defeccion de los galos que servian á las órdenes del consul. Bien pudo desengañarse con su compatriota Rollin, si no queria tomarse el trabajo de consultar á Livio. Véase lo que dice M. Auger en su *Biographie universelle* sobre la historia universal de este autor. «Cet ouvrage a été traduit en anglais, en espagnol et en italien. Cependant ce n'est presque qu'un abrégé de l'histoire universelle des Anglais, et il ne doit être lu qu'avec précaution.» Pero por un pasage de la pág. 340 del tom. 3.º, se conoce que ha consultado, y alguna vez copiado, á Rollin.

aquellos síntomas de defección, y para colocarse en lugar seguro, movió con sus tropas al amanecer del siguiente día, y se encaminó al río Trebia que corre inmediato, fortificándose en unas quebradas. Apenas lo supo el general africano que destacó contra él á los numidas, y despues toda su caballería, siguiendo él con lo restante del ejército.

Los numidas que hallaron desiertos los reales, perdieron mucho tiempo en saquearlos: solo alcanzaron á la retaguardia que no habia pasado el rio; parte mataron, y parte aprehendieron. Escipion, cuya herida empeoraba por la agitacion de las marchas, esperaba en su campo la llegada de su colega el consul Sempronio; y Anibal, acampado cerca, remedió la escasez de víveres que padecia su ejército con la toma de la aldea de Clastidio (*), que entregó por traicion el prefecto romano que la defendia.

Hacíase la guerra junto á los confines de

(*) Clastidio, pueblo chico entre el Po y los Alpes.

la Galia Cisalpina y del país de los ligures, esto es, en el territorio que forma en el día el ducado de Parma. El consul Sempronio se habia ya unido con sus legiones en Arimino, y marchando sin demora á su frente llegó al campo de su compañero. Los galos de la comarca, deseando conciliarse el favor del vencedor, y en la duda de quién lo sería, procuraban complacer á los dos ejércitos rivales. Los romanos, á pesar de su orgullo, procedieron en este asunto con mas política que el cartagines: aquellos aparentaron no conocer su artificio, y éste resolvió castigarlo.

Anibal dió orden á un cuerpo de tropas, compuestas en parte de galos, que talasen todo el país hasta las márgenes del Po. Los habitantes solicitaron la proteccion de los romanos: el consul Escipion ni juzgó oportuna la ocasion de favorecerlos, ni confiaba lo bastante en su sinceridad; pero Sempronio, que engreido por las recientes victorias navales que habia alcanzado sobre los cartagineses,

deseaba operar contra ellos por tierra antes que espirase el tiempo de su mando, se aprovechó de aquella ocasion para atacarlos contra el dictamen de su colega.

Casi todos sus caballos, con mil flecheros enviados á la margen oriental del Trebia, atacaron al destacamento que venia cargado con el botin, y le persiguieron hasta cerca de sus reales. Las guardias avanzadas de los cartagineses se precipitaron contra los romanos y los pusieron en fuga. Sempronio entonces hizo marchar el resto de su caballería y flecheros, con cuyo refuerzo animados los fugitivos acometieron á sus perseguidores, y los obligaron á entrar en su campamento.

Anibal, que no estaba prevenido para una accion general, y que sabia cuán peligroso es emprender lo mas mínimo sin concertadas medidas, reprimió el ardor de los suyos, y se contentó con hacer retirar á los romanos que le atacaban. Estos lo verificaron en buen orden, despues de haber per-

dido mucha gente, y de matar gran número de sus adversarios.

CAPÍTULO VIII.

Batalla del Trebia.

El resultado de esta escaramuza, que al lado del anterior descalabro pudieron los romanos reputar por feliz, precipitó al consul Sempronio á presentar una batalla formal á Anibal, sin esperar á que las fatigas de la guerra durante el inmediato invierno amañasen á su ejército visoño, y á que el restablecimiento de la salud de su compañero le proporcionase el socorro de sus consejos y cooperacion. El cartagines supo con alegría la determinacion de su contrario, porque esperaba sacar partido de la impetuosidad de Sempronio, y porque temia que una campaña prolongada diese lugar á que se mudasen los ánimos inconstantes de los galos.

Como aquel hábil general sabia aprove-

*

chase de cuantas circunstancias podian favorecerle (*), dispuso una celada, no en parages montuosos, de los cuales solamente se recelaban los romanos, sino en un sitio llano, en que las zarzas y jarales que habia á las orillas de un arroyo podian ocultar muy bien un destacamento. Anibal observó por sí mismo aquel lugar; mostrósele á su hermano Magon, en quien tenia mucha confianza, porque aunque muy joven era valeroso y diestro en la milicia; y entregándole mil caballos y otros tantos infantes, hizo que se emboscase con ellos, instruyéndole del tiempo en que habia de acometer.

Al dia siguiente, que amaneció muy frio,

(*) En la comparacion que hace Rollin entre Anibal y Flamínio, esclama: «¡Qué contraste hacia con Anibal que manifestó en aquella batalla todas las cualidades de un gran general de ejército: vigilancia, actividad, prevision, profundos conocimientos de las reglas del arte militar y de los ardidés de la guerra; infatigable atencion para informarse de todo, y por último una habilidad maravillosa en aprovecharse de las circunstancias de los tiempos, lugares, personas, y en hacerlas contribuir al logro de sus designios!»

nevando y cubierto de una espesa neblina, ordenó á los numidas que pasasen el Trebia, corriesen hasta las puertas del campo enemigo, y provocasen á los romanos á salir; y que despues de pelear algun tiempo, se fuesen retirando poco á poco y repasasen el rio. Mandó al mismo tiempo á los otros gefes que hiciesen desayunarse á sus tropas, y que prevenidas sus armas y caballos estuviesen prontas á la primera señal.

A la alarma de los numidas destacó Sempronio contra ellos toda su caballería, envió luego seis mil flecheros de infantería, y en seguida salió de los reales con todo el ejército. Las tropas manifestaron al principio mucho esfuerzo y gallardía, pero como habian salido en ayunas, y á medida que se acercaban al Trebia aumentaba el rigor del frio, apenas entraron en el agua, que les llegaba hasta los pechos por haber aumentado con la lluvia de aquella noche, que se quedaban yertos hasta el punto de que cuando pasa-

ron á la otra orilla casi no podian sostener las armas.

No bien notaron esto los cartagineses, los cuales habian hecho fuegos delante de sus tiendas, se habian dado con aceite en las articulaciones y confortádose con la comida, que salieron á un cuarto de legua de sus atrincheramientos al encuentro de los romanos. Los honderos mallorquines, en número de ocho mil, se adelantaron á proteger la retirada de los numidas: la infantería, compuesta de veinte mil hombres españoles, galos y africanos, se formó en batalla en el parage que les habia señalado su general: la caballería, que con la de los galos ascendia á diez mil, se repartió en las dos alas, y delante de ellas estaban los elefantes divididos en dos trozos.

El consul, viendo que los numidas, segun su costumbre de pelear, tan pronto le atacaban como huian, dispuso que su caballería se replegase, formó en batalla sus diez y ocho mil romanos y veinte mil aliados de

infantería (*), y resguardó sus alas con los cuatro mil caballos con que contaba.

Los dos ejércitos marcharon á encontrarse, y los baleares empezaron la accion lanzando un diluvio de piedras y javalinas sobre los enemigos, hasta que retirándose por los claros de la formacion, vino á las manos por ambas partes la infantería pesada. Pero los flecheros romanos, yertos de frio, y habiendo perdido muchos dardos en su refriega con los numidas, resistian con trabajo al vigor con que les atacaban los cartagineses; y como era menos numerosa su caballería, y los caballos se espantaban con la vista estraña de los elefantes, no tardó en ser arrollada y puesta en fuga. En aquel instante los lanceros y

(*) Polibio da dos mil hombres menos á la infantería romana, quizá por no encontrarse con una excepcion á los principios que establece sobre el número de tropas de que debia constar cada legion. No parece regular que Tito Livio contradijese sin poderosas razones á este autor, para *aumentar* el número de sus conciudadanos. Rollin, que generalmente sigue paso á paso al clásico latino, prefiere en este lugar el testimonio del historiador griego.

numidas cargaron en flanco sobre la infantería ligera, y la pusieron en tal conflicto, que no podía pelear contra los que estaban al frente; pero la pesada, que ocupaba el centro de la línea, resistía á los cartagineses con tanto denuedo, que por aquella parte estaba igual la batalla.

En esto salió Magon de su emboscada, y cayendo por la espalda sobre los romanos, acabó de ponerlos en consternacion. Entonces estos, viéndose atacados en flanco por la caballería y los baleares, de frente por la infantería pesada y los elefantes, que se habian adelantado contra ellos, y á retaguardia por el cuerpo de tropas de Magon, huyeron inmediatamente, y unos corrieron al rio donde ó se ahogaron ó fueron muertos por los cartagineses, ó lograron llegar salvos al campamento, y otros se esparcieron por aquellos campos sin saber adónde se dirigirian, atolondrados con la lluvia de nieve y la persecucion de los numidas. Un cuerpo de diez mil hom-

bres, que se vieron cercados y perdidos, hicieron un esfuerzo, rompieron por medio de los africanos y galos que se les oponian con gran carnicería de éstos, y como no se atrevieron á pasar el rio para volver á los reales, ni podian tampoco distinguir por la oscuridad que causaba el nublado adónde acudirian en defensa de los suyos, se dirigieron en buen orden hácia Placencia.

La pérdida de los romanos dicen los historiadores que fue grande, pero no espresan el número. La que hubo por parte de los españoles y africanos no fue de consideracion, pero padecieron mucho los galos auxiliares. Mayor hubiera sido la de unos y otros si Anibal no hubiese hecho cesar el alcance en la orilla del Trebia, pues no consintió que sus tropas le pasasen por lo escesivo del frio; y lo hizo tan intenso aquellos dias, que murieron muchos hombres y caballos con casi todos los elefantes (*).

(*) Polibio dice que solo quedó uno vivo; Tito Li-

Los resultados de esta batalla fueron la toma del campamento enemigo, abandonado por los romanos la misma noche; la alianza con Anibal de todos los galos colindantes, y la retirada de los cónsules á las plazas de Placencia y de Cremona, adonde condujeron las reliquias de sus legiones.

CAPÍTULO IX.

Excursiones de Anibal. = Intenta en vano pasar el Apenino. = Encuentro y accion con el consul Sempronio.

Fue tal la alarma que originó en Roma la derrota de sus dos cónsules y de todas las tropas que tenian, que creyeron no tardaria en presentarse al frente de sus murallas el ejército invasor. Con aquella actividad que desplegaba el senado en las circunstancias mas críticas, al paso que no se separó de la observancia estricta de la costumbre, pues se

vio que la intemperie acabó con casi todos (*Elephantos prope omnes consumpsit*); y poco despues añade que en el Apenino perecieron siete de los que sobrevivieron á los frios del Trebia.

hizo la eleccion de cónsules en la época determinada, levantó gente entre los aliados, alistó legiones entre los suyos, y acopió víveres en Ariminio y en la Etruria, que iban á ser el teatro de la guerra.

No estaba ocioso Anibal cuando podia operar: sus tropas incomodaban con sus escursiones frecuentes los cuarteles de los romanos, y tomó tan bien sus medidas para interceptarles las comunicaciones, que solo podian recibir bastimentos por el Po. Despues de haber intentado sorprender el mercado que se hallaba en las inmediaciones de Placencia, cuyo proyecto frustró la vigilancia de los centinelas, y lo bien fortificado del lugar, el general cartagines, que habia salido herido en el ataque de aquel fuerte, no esperó á su restablecimiento para marchar á destruir los almacenes que tenian sus contrarios en Victumbia. Los habitantes, estimulados por las noticias de lo bien que se habian defendido los del fuerte de Placencia, salieron

al encuentro de Anibal en número de treinta y cinco mil ; pero éste , á pesar de la poca gente que llevaba , no tardó en destrozar aquella confusa muchedumbre , y en tomar y saquear la ciudad.

Terminadas estas expediciones al principio del invierno , acuarteló el cartagines sus tropas cuando fueron los frios intolerables ; y envió á sus casas con muestras de buena amistad , y despues del mejor tratamiento , á los galos auxiliares de los romanos que habia hecho prisioneros. Mientras duraron los frios permaneció tranquilo en sus reales ; pero apenas hubo algunos dias de mas benigna temperatura , que tanto para satisfacer la codicia de los galos , que deseaban invadir el territorio enemigo , como porque no queria disgustarlos con una permanencia mas larga en su pais , resolvió mover con sus tropas hácia la Etruria.

Era preciso para esto pasar el Apenino en aquellos dias en que estaba muy adelanta-

da la estacion; y así fue que no bien entró por ellos que sufrió una tormenta horrorosa. El único medio que tenían para sostenerse contra el ímpetu del viento era el de echarse en el suelo; caía á torrentes la lluvia, acompañada de centellas y relámpagos, y cuando quisieron formar las tiendas para guarecerse, los lienzos se rasgaban con la violencia del huracan. Despues empezó un granizo en tal manera abundante que con su peso doblaba los techos de las tiendas, y obligaba á la gente á salir de ellas. A esto siguió un frio intenso que quitó la vida á muchos hombres y animales.

Anibal se convenció de que era imposible pasar aquella cordillera en medio del invierno: retrogradó hácia Placencia, y despues de dos dias de marcha se presentó á tres millas de distancia del consul Sempronio con solos doce mil infantes y cinco mil caballos (*).

(*) En la narración que hace Livio del tránsito del Apenino y de esta batalla con el consul Sempronio, no

Al dia siguiente se peleó por una y otra parte con grandes bríos y con suceso vario. A los principios consiguieron los romanos hacer retirar á los cartagineses, persiguiéndolos con ardor hasta sus reales; pero Anibal, que habia reunido casi todas sus tropas en medio del campo, las tuvo atentas á la señal que daría cuando viese que los enemigos estaban fatigados de pelear contra los pocos que habia dejado en defensa de las trincheras. Despues de infructuosos asaltos para tomarlas, dió el general romano la orden de recogerse, advertido lo cual por el cartagines, mandó salir á su caballería por la derecha é izquierda del campamento, mientras hallamos las causas que movieron á Anibal á tomar aquella determinacion. Yo me aventuraria á atribuirle el deseo de apoderarse de los almacenes de los romanos, por la escasez de bastimentos que tenia; ó el de desalojarlos del pais para que no intrigasen con los galos, ni procurasen volverlos contra los cartagineses. No sé qué pensar del silencio de Polibio, que nada dice sobre esto, y de la poca gente con que se aventuró Anibal á pelear. Por otro lado no creo deber desconfiar del historiador romano, porque el resultado no fue favorable para sus compatriotas. Rollin adopta esta narracion.

él se precipitaba por la parte del medio con el grueso del ejército. Originóse entonces una acción reñidísima; peleábase por ambas partes con el mayor encarnizamiento; y la noche separó á los combatientes sin decidirse la victoria, y despues de mucha pérdida de los unos y de los otros (*). A poco de esta acción se retiró Anibal al pais de los ligures, y en él pasó lo restante del invierno.

Así terminó la primera campaña que hicieron en Italia los españoles y cartagineses: campaña nada gloriosa por cierto para las armas romanas.

(*) No se dice el número de tropas con que atacó Sempronio; pero como se nos asegura que siendo igual la pérdida, perecieron de cada ejército mas de seiscientos infantes y la mitad de la caballería, debemos creer que al menos en ésta eran iguales. Mas si por ninguno de los dos quedó la victoria; cómo es que se apartó Sempronio de sus almacenes de Placencia, marchó mas de setenta millas al mediodia, y Anibal acampó en el pais de los ligures? Tal vez pudiera creerse que éste perseguia, y que aquél se retiraba.

CAPÍTULO X.

Marcha del ejército por la Etruria. = Trabajos que padece. = Estratagemas de Anibal. = Derrota de los romanos junto al lago Trasimeno.

A. del M.
3785.
Ant. de J.
215.

En Roma habian sido nombrados cónsules para aquel año Cneo Servilio Gemino y Cayo Flamínio. Este último dió orden á las legiones, que todavía permanecian en Placencia, para que á mediados de marzo se hallasen en Ariminio; y reuniendo á éstas las tropas de Sempronio, se estableció en Arrecio, ciudad de la Etruria.

Cuando entró la primavera, el gefe cartagines, despues que hubo tomado de los prácticos noticias sobre los caminos, resolvió dirigirse por el que pasaba al traves de unas lagunas, porque era mas corto que los otros, y porque supo que aunque pantanoso, tenia fondo firme. Con esta determinacion partió de sus cuarteles, llevando en la vanguardia á los españoles y africanos, en el centro á los

galos, y en la retaguardia á Magon con su caballería (*).

Apenas empezó á entrar el ejército por los terrenos pantanosos que empezaron tambien los padecimientos. Las tropas de la vanguardia, á pesar de ir por donde los guias las enseñaban, se enterraban en el cieno, y solo á fuerza de trabajo conseguian avanzar. Los galos, cuando una vez caían, no se podian valer ni salir de los atolladeros; mas aunque intentaban volverse, por estar ya desalentados, no se lo permitia la caballería, antes los obligaba á marchar.

Las crecientes del rio Arno, que comunica con los pantanos de Clusio, por los cuales pasaban, habian hecho mas cenagoso el terreno. Por espacio de cuatro dias y tres noches tuvieron las tropas que andar por el

(*) Polibio y Livio dicen que Magon cerraba la marcha para impedir que los galos, flojos por naturaleza é incapaces de resistir á las fatigas, se quedasen atras.

agua. Durante aquel tiempo no pudieron entregarse al sueño porque carecian de todo parage seco donde verificarlo, á no ser los cuerpos muertos de las muchas acémilas que sucumbian, sobre las cuales se echaban para dormir algunos instantes. Gran parte de los caballos que sobrevivieron perdieron los cascos, á causa de la humedad continua. No todos los soldados pudieron resistir á tantos trabajos; y el mismo Anibal, que padeciendo de una grave dolencia que le sobrevino en la vista, habia montado sobre el único elefante que quedaba, y que por este medio sentia menos la influencia de la humedad, perdió sin embargo un ojo por las vigili-
as, la intemperie de las noches y los vapores de la laguna, y por no tener lugar ni tiempo para medicarse.

Al fin salieron de los pantanos con pérdida de mucha gente y caballos, y acamparon en sus riberas, donde se informaron de la naturaleza del terreno y de las disposicio-

nes de sus adversarios, que por cierto no estaban á larga distancia.

Sabedor el general cartagines del caracter fogoso del consul Flaminio (*), quiso aprovecharse de esta circunstancia para incitarle á la batalla antes que se le reuniera su compañero. Para esto mandó deshacer las tiendas, y pasó á colocarse al otro lado del campamento enemigo, interponiéndose entre él y Roma, y talando durante su marcha los territorios que atravesaba.

Flaminio no pudo ver con indiferencia la devastacion del pais y el humo que exhalaban los campos incendiados. Contra la opinion de los mas prudentes, que le aconsejaban esperase al otro consul, alzó el campo y se puso en movimiento contra el ejército de

(*) Los historiadores han hablado de este general como de un hombre sin talentos para el mando; pero si se reflexiona en las respuestas que daba á los que le anunciaban malos presagios, se verá que no estaba imbuido en las preocupaciones de la generalidad de sus compatriotas.

Anibal. Éste continuaba adelantándose hácia Roma por la Etruria, dejando á la izquierda la ciudad de Cortona y los montes circunvecinos, y á la derecha el lago Trasimeno; pero noticioso de la proximidad de Flaminio, buscó una posicion ventajosa y oportuna para sus proyectos, y se dispuso para la batalla.

Al pie de los montes de Cortona hay un valle bastante llano cerrado por una parte por el lago Trasimeno: para entrar en él se pasa por un desfiladero muy angosto que separa la orilla del lago de la falda de las rocas; y al frente de este desfiladero se eleva una montaña todavía mas alta y escarpada que las de los lados. En esta se colocó Anibal con los españoles y africanos; situó á los baleares de la vanguardia al rededor de los cerros de la derecha, estendiéndolos cuanto pudo en la formacion; en los de la izquierda puso á los galos, y en las mismas gargantas del bosque hizo que á favor de las eminencias se ocultase la caballería, encargándole que despues

de pasar los romanos se formase en todo el ancho del desfiladero para impedirles la retirada.

El consul, que llegó el día antes á puestas del sol, entró muy temprano á la mañana siguiente por aquel paso, y cuando empezó á desplegarse su ejército en lo mas ancho del valle, no alcanzó á ver mas cartagineses que los que estaban en la montaña del frente, sin descubrir á los otros (*). Así que conoció Anibal que la mayor parte de los enemigos habian entrado en el valle, y observó que ya su vanguardia tocaba casi con su posicion, dió la señal de acometer, y envió orden á los que estaban emboscados para atacar por todas partes.

Entonces se precipitaron los soldados por los caminos mas cortos, y esta sorpresa fue todavía mayor y mas súbita para los roma-

(*) Tenia Flamínio tanta confianza en el buen éxito de la batalla, que llevó gran número de cadenas y grillos para aherrojar á los prisioneros que hiciera. (*Polibio*).

nos, porque la niebla de aquel día era mucho mas densa donde estaban, por hallarse mas próximos á la laguna, que en las eminencias y gargantas que ocupaban los enemigos; y así mientras ellos no se veían unos á otros, éstos percibían claramente los batallones de los suyos y las señales de sus gefes.

La ventaja del lugar, las acertadas medidas de Anibal, y el ataque simultáneo de todas sus fuerzas, tuvieron el resultado que debia esperarse. El consul y los tribunos, acometidos por todas partes, ni podían acudir adonde era necesario, ni aun entender lo que pasaba junto á ellos. Flaminio creyó poder remediar con los mayores esfuerzos del valor personal el daño que habia causado su falta de precaucion; pero ni se oían sus exhortaciones, ni se veían sus proezas.

Quince mil romanos, que con admirable denuedo permanecieron firmes en el valle, fueron víctimas de la impericia de su gefe: los que quedaron interceptados al entrar en

el desfiladero, procuraron hallar un refugio en las aguas del lago; pero muchos se ahogaban por el peso de las armaduras; y otros que se ocultaban cuanto podian no dejando sobre las ondas mas que la cabeza para respirar, perecieron al fin á los golpes de la caballería que entraba á perseguirlos en la laguna, ó los degollaba en sus riberas. Seis mil de la vanguardia, menos envueltos que los otros por los cartagineses, rompieron por medio de los que tenian al frente y lograron situarse en la cima de una montaña. Por último cayó el mismo consul: un soldado insubrio que le conoció y que se acordó de la guerra que este general habia hecho contra su pais, gritó que iba á sacrificarle á los manes de sus compatriotas; y precipitando el caballo contra los que circuían á Flaminio, le atravesó de una lanzada. La caballería, que se habia reunido con los seis mil hombres de la vanguardia, protegió su retirada á un pueblo inmediato; pero todos tuvieron que

rendirse á los españoles y lanceros que fueron á atacarlos al mando de Maharbal.

La pérdida de los romanos, además de los quince mil muertos, fue de otros tantos aprehendidos; la de los cartagineses subió á mil quinientos de los primeros; bien que de unos y otros perecieron muchos más de resultas de las heridas. Solo llegaron á Roma diez mil soldados que consiguieron escapar, aunque con trabajo, y se dirigieron á ella por diferentes caminos.

Anibal puso en libertad á los prisioneros aliados de los romanos, como había hecho en otras ocasiones, repitiéndoles que no había ido á hacer la guerra á los pueblos de Italia, sino que por el contrario peleaba para libertarlos de la tiranía de Roma. No le fue posible hallar el cuerpo de Flaminio que mandó se buscara para hacerle los honores fúnebres.

De este modo el general cartagines, sin ensoberbecerse con sus anteriores triunfos, y sin entregarse por ellos á una vana presun-

cion, llevó adelante su plan bien concertado, y alcanzó esta victoria importante. Muchos se hubieran envanecido con las prosperidades, y confiando demasiado en sus fuerzas habrían desdeñado aquellas precauciones, hijas de la prudencia, y perdido en una derrota todo el efecto de sus primeros lauros (*).

CAPÍTULO XI.

Derrota de la caballería de Servilio. = Operaciones en Umbria, Adria, &c. = Fabio nombrado dictador. = Sus proyectos. = Devastacion de Samnio y de la Campania por Anibal.

Poco tiempo despues de la victoria supo Anibal que cuatro mil caballos del consul Servilio, enviados por éste al socorro de su colega, se acercaban á la Etruria, y destacó contra ellos á los piqueros con un trozo de caballería. Maharbal, que mandaba estas tropas, encontró en los términos de la Umbría

(*) En pocas palabras nos da Livio una grande idea del poder y valor de los romanos aun en este reves: *“Hæc est nobilis ad Trasimenum pugna, atque inter paucas memorata populi Romani clades.”*



al pretor Centenio, que gobernaba los caballos. Acometiéronse ambos, los romanos perdieron al primer encuentro cerca de la mitad de la gente, y los restantes, vivamente perseguidos, fueron hechos prisioneros.

Llegó á Roma la noticia de esta última derrota tres dias despues de la del lago Trasimeno. El pueblo, consternado ya (*) por aquella calamidad, se entregó á la afliccion cuando supo esta otra; y hasta el Senado, que no habia manifestado por la primera síntomas de desaliento, abandonó entonces el ejercicio de sus funciones, como considerándose incapaz de procurar la salvacion de su patria, y se recurrió al arbitrio de nombrar un dictador.

No juzgó Anibal oportuno acercarse por entonces á Roma, de la que distaba pocas leguas; creyó mas prudente debilitar las fuer-

(*) Dícese que dos madres, creyendo muertos á sus hijos, espiraron del gozo escesivo que tuvieron al encontrarse con ellos en la ciudad.

zas de aquel coloso con acciones de menos consideracion y repetidas, que con un ataque directo, y se puso en marcha hácia el oriente para devastar el pais hasta las playas del Adriático.

Despues de talar las campiñas de Espoleto, intentó apoderarse de esta colonia romana; pero habiendo encontrado una resistencia que exigia mucho tiempo para ser vencida, entró en el territorio de Piceno (*), abundantísimo de vitualla y riquezas, con que cargó su ejército; pasó á cuchillo gran número de habitantes, porque sabia que todos deseaban y procurarian el esterminio de los cartagineses, y llegó á las orillas del mar á los diez dias de haber partido de la Umbría.

Así Anibal, sin una plaza fuerte en que refugiarse, y sin un aliado con cuya fé pudiese contar, ó cuya cooperacion le fuese de

(*) Adria es hoy Atrio, Umbría ducado de Urbino, Espoleto ciudad de los estados de la Iglesia, Piceno la Marca de Ancona, &c.

grande auxilio, mantenía á su ejército en el corazon de un país enemigo y poderoso, del cual solo poseía lo que pisaba; y no perdió el tiempo en sitiar una sola plaza para tener un punto de refugio contra los ataques; pues confiaba por un lado en triunfar mediante sus buenas disposiciones, y sabia por otro que todas las fortalezas caerian en su poder si conseguia apoderarse del Capitolio.

Acampados los cartagineses en las ribe-
ras del Adriático, se repusieron de las fati-
gas de las marchas y batallas; y el general,
viéndose dueño de innumerables trofeos, ar-
mó á los africanos á la manera de los solda-
dos de Roma. Entonces fue cuando dió el
primer aviso á Cartago de sus operaciones; y
aquel Senado, alegre con tan plausibles nue-
vas, trató de promover por todos medios el
adelantamiento de los asuntos de España é
Italia.

Despues que consideró Anibal á su ejér-
cito en estado de ejecutar las empresas que

meditaba, se puso en movimiento; y empezando por talar los campos de Pretucia y Adria, como tambien los de los marrucinos y ferentanos, penetró por último en la provincia de Apulia, arrasó las inmediaciones de Luceria, y acampándose junto á Ibonio, asolaba desde allí el territorio de la Daunia.

Quinto Fabio Máximo, hombre de grandes conocimientos militares y de una consumada prudencia, fue el dictador que eligieron los romanos para oponer al general cartagines (*). Este tomó las dos legiones del consul Servilio, quien habia acudido á la defensa de Roma desde que supo el descalabro de su colega; y alistadas otras dos, mandó

(*) Fue creado, no dictador (porque los cónsules, ausentes entonces de Roma, eran los únicos que podian hacer este nombramiento), sino *prodictador*; pero es probable que cuando Servilio llegó á la ciudad ejecutase lo que ya no podia ser mas que una ceremonia. Así lo piensa Rollin, y añade que Fabio nombró por general de la caballería á Minucio; más el pueblo fue quien hizo aquella eleccion: "*Prodictatorem populus creavit Q. Fabium Maximum, et magistrum equitum M. Minutium Rufum.*" (Livio).

que los habitantes del país que había de atravesar Anibal se trasladasen á parages seguros, y destruyesen los frutos que no pudiesen transportar. Él, á la cabeza de su ejército, sentó el campo á cinco millas de los cartagineses en las cercanías de Aigas. Entonces éstos le presentaron la batalla saliendo al frente de sus reales, pero viendo que no se movían los romanos de los suyos, se retiraron otra vez.

No tardó Anibal en penetrar los planes de Fabio, y temió que tuviera constancia para persistir en ellos. Habíase propuesto el dictador no luchar contra las tropas aguerridas de los invasores, sino incomodarlos de continuo interceptando sus comunicaciones, cortándoles los víveres y causándoles cuantos males pudiera, sin aventurar una acción. Aporrándose con anterioridad de los puntos mas favorables, no permitía salir al forrage á los soldados enemigos, ó mataba á cuantos lo intentaban; y con las escaramuzas ligeras á

que esto daba ocasion , conseguia poco á poco infundir aliento á sus soldados aterrados con los reveses anteriores. Por otra parte, el número copioso de tropas que tenia , y las bien construidas fortificaciones de su campo, le ponian á cubierto de los ataques; y como habia concertado cuidadosamente sus medidas para que siempre le llegasen las provisiones en gran cantidad, sus legionarios vivian en la abundancia.

Su antagonista trató por todos medios de hacerle abandonar sus proyectos, procurando con su conducta que los mismos romanos se opusiesen á su ejecucion; y la manera con que se condujo para lograrlo demuestra que no poseía menos los talentos de un buen político, que los de un hábil general. Anibal devastaba los terrenos de los aliados de Roma á vista de Fabio; levantaba apresuradamente el campo, desaparecia y de repente hacia alto para sorprenderle en la llanura, caso de que saliese en su persecucion; pero

éste marchaba siempre por las montañas, se mantenía constantemente á una ó dos jornadas del enemigo, y evitaba un encuentro que probablemente le habria sido funesto, sin dejar por eso de incomodarle.

De este modo, atravesando el Apenino, taló Anibal los campos fértiles de los samnitas, y la campiña de Benevento; tomó la fuerte ciudad de Telesia, y llevó á tal punto su arrojo que invadió la Campania, una de las provincias mas opulentas de la república; y desde su campamento de las márgenes del Volturno asolaba é incendiaba las campiñas inmediatas. El terror que produjeron en el pais estas calamidades, unido á la mortandad que hacian en sus habitantes los numidas, no fueron bastantes á producir la defeccion de los aliados de Roma: ningun pueblo de la comarca abrazó el partido de los cartagineses, y mostraron con esta conducta que no eran tiránicas, sino equitativas, las leyes que aquella les imponia.

CAPÍTULO XII.

Disgusto de Roma y del ejército contra Fabio. = Anibal encerrado por éste. = Ardid de que se vale para salir.

Los campanios esperaban con ansia, como el remedio de sus padecimientos, la llegada de Fabio, que ya conducía sus tropas por la cumbre del Másico, y los soldados romanos, al ver desde las alturas el incendio de las quintas y posesiones de sus aliados, y la asolacion de todo el pais, marchaban presurosos para atajar aquellos males. Pero las esperanzas de unos y otros quedaron frustradas con la conducta del dictador, que dejándose ver en las faldas de las montañas, no quiso bajar á la llanura por temor de la caballería mas numerosa de su contrario.

Estos comedidos procedimientos, lejos de grangearle las alabanzas de sus conciudadanos, le procuraron el ódio y el desprecio mas injustos. Sus aliados, sus compatriotas, los

soldados, los gefes, y hasta el mismo Minucio, que como comandante de la caballería era la segunda persona del ejército, le vituperaban abiertamente. Aquel general no ignoraba lo que contra él se decia, no solo en el campamento sino tambien en Roma; mas no por eso dejó de permanecer firme en su resolucion, manifestando aquel admirable temple de alma, y aquella energía invencible que no ceden ni aun á la desaprobacion universal.

Al paso que los romanos tachaban á Fabio de cobardía y se burlaban de sus manio-
bras, su adversario veía con inquietud la perseverancia con que llevaba sus planes. Frustrado en sus intentos de obligarle á combatir, Anibal veía espirar la estacion del verano sin tener un parage donde sus tropas se refugiasen de la inclemencia, y donde pudiese depositarse con seguridad el botin inmenso que habia amontonado. Para establecer sus cuarteles en una provincia donde hubiera

abundancia de víveres, en razon de que la que ocupaba era escasa en géneros de primera necesidad, determinó salir de la Campaña por el mismo parage que habia entrado, atravesando las gargantas del Eribano; y marchó con su ejército á campar al pie de esta montaña.

Pero Fabio habia conocido los intentos del cartagines: informado de la situacion del terreno, y conociendo que podia atacarle con ventaja en aquel punto, habia colocado cuatro mil hombres sobre el mismo desfiladero, mientras él con la mayor parte de las tropas ocupaba sobre las mismas vertientes una colina elevada.

Mancino, que mandaba una descubierta de cuatrocientos caballos romanos, atacó á los numidas que andaban esparcidos por las aldeas. Estos se fueron batiendo en retirada hasta las puertas de su campo; Cartalo, comandante de la caballería cartaginesa, salió de los reales para protegerlos, acometió á los

*

enemigos, y los desordenó y persiguió por espacio de cinco millas. Conociendo Mancino la imposibilidad de escapar, volvió animosamente con los suyos contra Cartalo: casi todos murieron, y pocos lograron llegar adonde estaba el dictador, de cuyas instrucciones se habian escedido.

Por este plan del general romano, Anibal quedaba como sitiado en sus reales, y solo podia salvarle una de aquellas stratagemas de su fecunda imaginacion. Por todas partes era impracticable la retirada; no tenia mas arbitrio que atravesar por la cumbre del monte que ocupaban las tropas de Fabio, y á pesar de los peligros que esto presentaba, era preciso determinarse á hacerlo, ó conformarse con pasar el invierno sufriendo las mayores escaseces entre los peñascos de Formio, y los arenales y pantanos de Linterno.

Ademas de esto, su enemigo pensaba atacarle al dia siguiente para aprovechar la ventaja de su posicion, porque Anibal no po-

dria hacer maniobrar su caballería á causa de lo quebrado del terreno; mas éste, que no juzgando desfavorablemente de los talentos del romano, se convenció de que no podía ser otro su designio, resolvió prevenirlo y apartarse con su ejército de aquellos puntos. A este efecto llama al gefe de los gastadores y le da sus órdenes; éste hace escoger dos mil bueyes del ganado que habian apresado; manda atarles en las astas haces de varas secas que despues encendieron; y cuando hubo pasado la hora media de la noche, los condujo hasta la cumbre del monte, por los dos lados del desfiladero (*). Anibal al mismo tiempo marcha con direccion á este, llevando en la vanguardia la infantería pesada, despues de ésta la caballería, luego el bagage, y por último los españoles y galos.

(*) Por estraordinaria que parezca esta estratagema de Anibal, la hallamos confirmada por el uniforme asenso de cuatro autores célebres de la antigüedad (Polibio, Apiano, Plutarco y Livio), y adoptada por los historiadores modernos.

Las guardias de las gargantas, al ver los fuegos por la cima de la montaña, creyeron que por allí se retiraban los cartagineses; y abandonando sus puestos acudieron á la cumbre, donde trabaron una pelea con los lanceros que escoltaban á los bueyes y los impelían á avanzar. Estos animales, que enfurecidos con los dolores de las quemaduras, agitaban á un lado y otro las cabezas, hacían creer que un vasto incendio consumía el bosque por todas partes, y que lo producían un gran número de hombres que se adelantaban con teas. Los supersticiosos romanos, cuando conocieron que eran bueyes, creyeron que vomitaban llamas y les huían; y cuando vieron claramente lo que era, se escaparon con más terror, pensando que era una estratagema para llamar su atención á un lado y acometerles por otro. Temeroso Fabio de lo mismo, re-
tuvo á sus tropas en los atrincheramientos hasta que llegase la claridad del día, y entretanto Anibal, que había empezado á entrar

por los desfiladeros así que los vió abandonados por los guardias , logró hacer salir por medio de ellos á sus tropas y bagages.

Al amanecer principió la accion en la cumbre de la montaña. Los romanos, superiores en número , tenían cercados á los piqueros , y probablemente los hubieran destrozado ; pero Anibal destacó de la retaguardia á los españoles, que cayeron sobre los enemigos , les mataron mil hombres , y reuniéndose con los piqueros, bajaron con muy poca pérdida á la llanura.

CAPÍTULO XIII.

Pasa el ejército á la Apulia. = Ausencia de Fabio. = Primera accion contra Minucio. = Dos dictadores á un tiempo. = Segunda accion contra Minucio , á quien socorre Fabio. = Fin de esta campaña.

Libre Anibal del lazo en que Fabio le tenía , y deseando atraer á éste á una accion decisiva, apenas salió del territorio de Falerno que se encaminó al norte por el pais de

los samnitas, y llegó hasta el de los pelignos, como si hubiera sido su ánimo dirigirse á Roma; pero viendo que el dictador, manifestándose poco temeroso de las resultas de su proyecto, le dejaba marchar acampando siempre á su vista, y persistiendo invariablemente en su plan, hizo una contramarcha hácia la Apulia, país que por su abundancia era á propósito para servir de invernadero.

Llegado á vista de las murallas de Gerunio, ciudad situada como á siete leguas de Luceria, le puso sitio y la tomó; y atrinchado en sus cercanías enviaba los dos tercios de su gente en busca de provisiones. Habiéndole mostrado unos desertores las tierras que pertenecian al patrimonio de Fabio, encargó á sus forrageadores que las respetasen escrupulosamente, y que saqueasen con rigor las heredades próximas. Pretendia con esto que los romanos sospechasen, como sucedió al fin, que su dictador estaba en inteligencia con él.

Las tropas de la república acamparon fortificándose bien en el territorio de Larino, fuera de los términos de la Apulia; y Minucio las gobernaba por ausencia del general, que habia ido á Roma para presidir en las ceremonias religiosas.

Este Minucio, maestro ó comandante de la caballería, era uno de los mas enconados censores de la conducta de Fabio, cuyo plan vituperaba públicamente; y así, á pesar de las instrucciones espresas que éste le dejó, abandonó despues de su partida las posiciones que ocupaba en las cumbres de las montañas, y sentando sus reales en la llanura, esperaba que acometiendo sin cesar á los forrageadores de los cartagineses, lograria una ocasion de medir con ellos sus armas.

No se ocultó á Anibal que otra mano dirigia los movimientos de sus adversarios. Advertido de su inmediacion ordenó que solo saliesen á recoger víveres la tercer parte de sus soldados; acercóse mas á los cuarteles

enemigos para protegerlos mejor, y se situó en un collado distante casi dos millas de Gerunio. En la misma noche hizo ocupar un otero que habia entre los dos campamentos. Al siguiente dia atacó Minucio esta posicion que al cabo logró tomar, y despachó contra los forrageadores algunas tropas que hicieron grande estrago en ellos. Como permanecia al mismo tiempo formado en batalla con su infantería pesada al frente de los cartagineses, Anibal se hallaba en circunstancias muy críticas, pues ni contaba con bastantes fuerzas para resistir á los que tenia delante, ni podia enviar socorros á los suyos que andaban por la campiña.

En semejante situacion tenia que contentarse con rechazar á los romanos que acometian sus trincheras, hasta que por fin, á la llegada de Maharbal, con cuatro mil caballos que habia recogido, salió contra Minucio, y se dió principio á una sangrienta pelea; pero éste, satisfecho con haber muerto muchos

enemigos, se retiró muy ufano á sus reales. Temeroso Anibal aquella noche de que los romanos se apoderasen de su campo de Gerunio, que habia dejado indefenso, y en el cual estaban todos los bastimentos que tenia, desamparó la nueva posicion, que ocuparon al momento los enemigos, y se volvió á la antigua.

La noticia de este suceso, que llegó á Roma exagerada, produjo grande alegría: todos creían que Minucio habia destrozado á los cartagineses, y todos censuraban á Fabio. Éste, despues de haber sufrido en la ciudad el desden, y aun las injurias del pueblo; despues de haber pasado por el sentimiento de verse sospechado hasta de traidor, volvía á ponerse al frente de su ejército, cuando recibió en el camino los despachos del Senado que conferian á Minucio igual autoridad que á él. Mas no se abatió aquel hombre grande con el agravio que le hacia su ingrata patria, y ni aun por eso se movió

á ceder al torrente que le impulsaba para variar sus determinaciones.

Así dos dictadores, cosa jamas vista en Roma, estaban encargados de la direccion de la guerra. Minucio, persuadido de que pronto la terminaria, propuso á su colega alternar por dias en el mando; pero éste prefirió que cada uno mandase con independendencia del otro la mitad del ejército. A consecuencia de esta resolucion ambos gefes separaron los reales, y sentaron sus dos campos á distancia próximamente de una milla.

El general africano, que con júbilo supo lo que pasaba entre sus enemigos, se prometió desde luego sacar ventajas de sus desavenencias. Conociendo la impetuosidad de Minucio, ideó un medio para que le fuera favorable. Destacó por la noche quinientos caballos y cinco mil infantes á una colina que estaba entre sus reales y los de este general, y les encargó que dividiéndose en trozos de á doscientos, se situasen en las escabrosidades

de sus faldas, procurando no ser vistos. Como la ocupacion de esta colina era muy importante, no dudaba que si conseguia apoderarse de ella, Minucio le atacaria para desalojarle, y entonces le servirian sus emboscadas para envolverle.

Al otro dia al amanecer envió á tomar el collado á su infantería ligera. El romano que lo advirtió mandó avanzar la suya, despues su caballería, y por último se adelantó él mismo al frente de sus legiones á ocupar el puesto. El general cartagines enviaba refuerzos á medida que se iba encendiendo la batalla, hasta que se trabó con todas las tropas que ambos tenian. La infantería ligera de Minucio, arrollada por la caballería contraria, desordenó al replegarse la formacion de los legionarios, y entonces, dada la señal á los que estaban ocultos, se precipitaron por flanco y retaguardia sobre los romanos, que circuidos por todas partes y llenos de terror, ni podian pelear ni tenian esperanza de huir.

Fabio, al oír los clamores de los vencidos, y al ver el desorden del ejército, sale con sus legiones del campo diciendo á los suyos que corriesen á arrancar la victoria de las manos de los enemigos, y á obligar á su colega á acusarse de su temeridad. No pudo ser mas oportuna su llegada: empezaban ya á huir sus compatriotas, y los cartagineses á perseguirlos; pero hallando el abrigo de las nuevas legiones para guarecerse, lograron formarse y restablecer lo bastante la accion, para irse retirando poco á poco y en buen orden á sus reales respectivos. Anibal no quiso seguir el alcance á vista de las tropas de refresco y bien ordenadas de Fabio; y contento con haber muerto gran parte de la infantería ligera y un número todavía mayor de legionarios, mantuvo la posicion de la colina, uniéndola con sus cuarteles por una línea de comunicacion (*).

(*) Cuentan que Anibal, de vuelta de la accion, dijo aludiendo á Fabio, que aquella nube que les habia

A consecuencia de este reves se desengañó Minucio, y con una accion, que probó no menos su honradez que su verdadero patriotismo, reparó los males que habia causado anteriormente. Así que entró en su campamento convocó á sus soldados, y confesó públicamente que reconociéndose inferior á Fabio en el arte de la guerra, creía servir mejor á su patria obedeciendo sus órdenes que mandando. Hecho esto levantó el campo y entró con sus tropas en los reales de su compañero, quien no comprendia, como tampoco los que le rodeaban, el objeto de aquel movimiento. Minucio se adelantó de los demas, dió á Fabio el nombre de *padre*, y mientras sus soldados saludaban á los de éste con el de *patronos*, ó salvadores de sus vidas, dijo que deponia voluntariamente en beneficio del pueblo el ejercicio de la dignidad á que el mismo pueblo le habia elevado. Am-

amenazado por tanto tiempo en las cumbres de los montes, habia al fin prorumpido en lluvia y tempestad.

bos generales se abrazaron estrechamente; los dos campos quedaron desde entonces unidos, celebrándose en ellos esta reconciliacion; y cuando se supo y confirmó en Roma tan fausta noticia, conocieron los romanos el mérito de Fabio, y ensalzaron su nombre hasta las nubes.

Despues de esta escaramuza, desfavorable para Roma en la pérdida de soldados, pero propicia por haber producido semejantes resultas, se prepararon los cartagineses para invernar, fortificándose en su campamento, y los romanos situaron el suyo á corta distancia. En tal estado pasaron los dos ejércitos el invierno y toda la primavera, haciendo mientras tanto sus preparativos para la campaña próxima.

CAPÍTULO XIV.

Nuevos preparativos de los romanos. = Batalla de Canas.

Cansados los romanos de la permanencia de un ejército invasor en medio de su república, hicieron los mayores esfuerzos en sus preparativos para ver si lograban al año siguiente lanzarle de Italia. Llegada la época de las elecciones, y separándose del mando los dictadores, nombraron cónsules á Lucio Paulo Emilio, que se habia portado como buen general en la guerra contra los ilirios, y á Cayo Terencio Varron, hombre inconsiderado y nacido en lo ínfimo de la plebe.

A. del M.
3786.
Ant. de J.
214.

Hízose una levá con la cual no solo se reemplazó, sino que tambien se aumentó considerablemente el ejército (*), aunque no pode-

(*) «Decretóse que se abriera la campaña con ocho legiones, y que cada una constase de cinco mil hombres, sin incluir los aliados.» (*Polibio*).

mos con certeza fijar su número (*); y la soberbia Roma, que desdeñó los socorros de dinero que le enviaban algunos de sus aliados, no creyó deber hacer lo mismo con el cuerpo de tropas que como en testimonio de su amistad había embarcado el rey de Siracusa (**).

A poco de llegar los cónsules al ejército, hubo una reñida escaramuza entre los forra-

(*) «También se aumentó el ejército; pero hay tanta variedad en los autores acerca del número y especie de tropas que se le añadieron, que no me atrevo á fijarlo. Dicen unos que para el reemplazo se alistaron diez mil reclutas, y otros afirman que se añadieron cuatro legiones á las que antes había, con el objeto de hacer la guerra con nueve. Asimismo aseguran que se aumentó la fuerza de cada legion..... haciéndolas constar de cinco mil infantes y trescientos caballos; y que se mandó á los aliados que además de la infantería correspondiente diesen doble número de caballería. Dicen algunos que el ejército romano en la batalla de Canas se componía de ochenta y siete mil hombres, además de la guardia de doscientos soldados que quedaron en el campamento.» (*Livio*).

(**) El Senado había dado las gracias sin admitir los presentes de algunos embajadores que le ofrecían dinero para la guerra de parte de los pueblos que los enviaban; pero sí aceptó los del rey de Siracusa, con los flecheros y honderos, «que, decía aquel, era buena tropa para oponer á los moros y mallorquines.»

geadores, nada favorable para los cartagineses, quienes habiendo muerto cien enemigos, perdieron setecientos de los suyos; pero la esperanza que tenían en las discordias de los gefes romanos, mal inevitable entre dos generales de igual autoridad, les hizo reputar poco importante este desgraciado preludio de campaña.

Viendo ensoberbecidos á los romanos por aquel pasagero triunfo, imaginó Anibal una sorpresa de nueva especie. Salió precipitadamente de sus reales dejando en ellos todo el botin, y aparentando así que los abandonaba, se emboscó con todo el ejército al otro lado de la montaña; pero frustraron su designio la prudencia de Paulo Emilio, que sospechó una celada, y los avisos que dos esclavos dieron á éste de la posición de las tropas invasoras.

Resuelto á pelear en campo raso con los romanos de cualquier modo que fuese, movió de sus cuarteles hácia la fortaleza de Ca-

*

nas inmediata al mar, que servia á aquellos de depósito, y se hizo dueño de ella. Los enemigos le siguieron en la marcha, y se acamparon en las márgenes del Aufido (*), rio que naciendo al otro lado de los Apeninos atraviesa esta cordillera, y desagua en el Adriático.

Apenas llegaron los romanos, que Anibal sacó sus tropas de los cuarteles y les presentó la batalla (**); pero el consul Emilio, á quien tocaba el mando aquel dia, descontento con sus posiciones, se contuvo en sus atrincheramientos. El cartagines, despues de esperar algun tiempo volvió con su gente á los suyos; y á fin de enfurecer á los romanos para incitarlos á una accion, mandó á los numidas que cortasen la comunicacion del

(*) El Aufido se llama hoy Ofanto.

(**) Los cónsules habian dividido sus tropas en dos campamentos, de los cuales el menor estaba en la margen oriental del Aufido, y el otro en la occidental, donde se hallaban los cartagineses. Estos dos reales se comunicaban por un puente.

campo enemigo con el rio, y no les permitiesen proveerse de agua. Así lo hicieron éstos, y el resultado correspondió al intento. Los soldados romanos, estimulados por las inconsideradas exclamaciones del cónsul Varro, manifestaron los deseos mas vehementes de combatir, y éste esperó con impaciencia el dia inmediato, bien resuelto á pelear en batalla campal contra los cartagineses.

Mucho fue el sobresalto de Roma cuando supo que los dos ejércitos estaban al frente, y que de un momento á otro se esperaba la batalla. Habian sido vencidos tantas veces por el general cartagines, y era tal el terror que inspiraba su nombre, por el gran concepto que todos tenian de sus talentos singulares, que no habia quien confiase en el resultado de una accion; temblaban por las consecuencias funestas para la república que produciría una derrota; y los votos, los sacrificios y las rogativas que hacian á sus dioses con mas ardor que nunca, manifestaban que la creían

muy probable, y como que vaticinaban lo que habia de suceder.

El primer dia que tocó el mando del ejército al consul Varron, y fue el inmediatamente posterior al encuentro con los numidas, este gefe, sin tomar parecer con su colega, hizo que al alba saliesen las tropas de sus cuarteles, pasasen el rio para unirse á las que estaban en la margen opuesta, y se formasen con el mayor frente posible mirando al mediodia, donde se hallaban los cartagineses. La caballería romana se colocó en el ala derecha, la auxiliar en la izquierda, y entre ellas, formando el centro, la infantería pesada. La ligera se adelantaba de toda la línea de batalla en frente de su punto medio, y la mandaba Servilio, consul que habia sido el año anterior. El ala izquierda estaba á las inmediatas órdenes del mismo Terencio Varron, y Emilio que peleaba en su auxilio, ya que no podia disuadirle de su intento, dirigia las tropas del costado diestro. Este

ejército, si creemos á Polibio, constaba de ochenta mil infantes, y algo mas de seis mil caballos (*).

A tantas tropas solo podia oponer Anibal cuarenta mil infantes y diez mil caballos; de modo que tenia la mitad de infantería que los romanos, y les escedia en poco mas de un tercio de caballería. Al ver el movimiento del enemigo, el general cartagines mandó pasar el Aufido á los baleares y á la infantería ligera, y luego siguió con el resto del ejército vadeando el rio por dos partes. Su formacion, empezando por el cuerno izquierdo, fue de esta manera. Situó la caballería española y gala en contraposicion de la romana: seguia la mitad de la infantería pesada de africanos, despues la española y gala, luego la otra mitad de africanos, y por último la caballería numida, que guardaba el ala derecha. Despues que estaba todo el ejército en línea, hizo avanzar la mitad de las

(*) Rollin adopta igualmente este número.

tropas españolas y galas, y las situó en forma de media luna, convexa hácia los enemigos, á fin de que pudiera ser protegida por los africanos. Anibal con todo intento dió poco fondo á estas tropas para que cediendo á la infantería pesada de sus adversarios, los atrajesen á tiro de la suya.

Los africanos estaban armados á la romana: los escudos de los españoles y galos eran iguales, aunque sus espadas muy diferentes, pues las de aquéllos servian para tajo y estocada, y eran mas manuales que las de éstos, que como no tenían punta solo dañaban con el corte. Como los galos iban desnudos de la cintura arriba, y los españoles, que estaban junto á ellos, cubiertos de blanquísimas túnicas de lino entretegidas de púrpura, segun el uso de su pais, aquel espectáculo no dejó de causar estrañeza entre los romanos. Maharbal mandaba el ala izquierda, Hanon la derecha, y Anibal con su hermano Magon estaban en el centro. Siendo la

direccion de la línea de oriente á ocaso, el sol cuando salió no incomodaba á los combatientes (*).

Los dos ejércitos respondieron con un gran grito á las señales respectivas de acometer. Empezó la accion por los centros avanzados de ambos, y por una y otra parte se sostuvo el choque con igualdad. Anibal, para aprovecharse de su superioridad en caballería, hizo cargar sobre la contraria la de su ala izquierda. Arrojáronse unos á otros con el mayor furor, y peleaban cuerpo á cuerpo, saltando de los caballos cuando lo juzgaban oportuno, y no se retiraban y volvian á embestir, como se acostumbraba, sino que permanecian firmes en sus puestos. Pero por aquella parte no tardaron en triunfar los cartagineses. A pesar del valor y constantes esfuerzos de los romanos, fueron al fin arro-

(*) Anibal escogió esta posicion porque el viento regionario llamado Vulturno soplaba del sur, y cegaba á los romanos con el polvo que les echaba en la cara.

llados con pérdida de la mayor parte de los suyos, y perecieron cuantos intentaron salvarse huyendo por las orillas del río.

En tanto los baleares y ligeros de Anibal se batian animosamente contra la infantería pesada, que habia ocupado el lugar de la ligera; pero al cabo, no pudiendo sostener la carga de las legiones por el espesor de sus hileras y lo completo de sus armaduras, fueron retirándose hasta la línea, y deteniéndose allí, formaron un semicírculo cóncavo respecto de los enemigos. Las cohortes de la república, que recibian continuos auxilios de sus alas, penetraron hasta lo mas profundo de aquella especie de arco, como lo habia previsto Anibal, y entonces se vieron envueltas por la infantería pesada de los cartagineses, que las acometian por los flancos: de suerte que tuvieron que dejar el orden de falange en que atacaron, y batirse en varios pelotones.

A este tiempo los numidas que peleaban

contra el ala izquierda, como se retiraban precipitadamente despues de una carga para volver á otra, no hacian daño de considerable importancia, ni tampoco le recibian; pero llamaban lo bastante la atencion de sus contrarios para no permitirles acudir á otras partes. Despues de la derrota de la caballería romana, corrió Maharbal con la suya á ayudarlos, y entonces los aliados que se les oponian, presintieron el ataque y se pusieron en fuga.

Maharbal despachó á los numidas al alcance, como que eran mas á propósito para esto por su modo de combatir, y él con sus caballos españoles y galos acudió al socorro de la infantería africana, cargó por la espalda á las legiones, dirigiendo ataques parciales contra cada cohorte, y las batió en detal. El consul Emilio, aunque herido desde el principio de la accion por una piedra, acometió á la infantería con un cuerpo de caballos que formó de los fugitivos de su ala dies-

tra, y animándolos con el ejemplo de sus hechos, consiguió restablecer por aquellos parages el equilibrio que empezaba á romperse. Pero irritándose los cartagineses con la resistencia, redoblaron de esfuerzo, y lograron envolver y encerrar por todas partes á los romanos; y éstos, apiñados y sin poder manejar libremente las armas, eran pasados á cuchillo, y caían muertos en el punto mismo que ocupaban.

Ya destruidas de esta manera las únicas tropas que por mas espacio de tiempo se opusieron á los cartagineses, Anibal, atento siempre á cuanto pasaba, vió que un cuerpo de diez mil hombres, á quienes Emilio desde el principio de la batalla habia encargado llamar á la espalda la atencion de los enemigos, atacaban las guardias que habia dejado en sus reales, y las tenían en el mayor conflicto. Sin detenerse parte contra ellos, los pone en fuga, los persigue hasta su campamento donde se guarecieron, y despues de matarles dos

mil hombres, toma prisioneros á los restantes. La misma suerte cupo á dos mil caballos que se habian refugiado en una fortaleza, pues atacados por Cartalo cayeron en su poder.

Tal fue el éxito de una batalla (*) en que sufrieron los romanos la mas sangrienta derrota que leemos en su historia; que procuró á los cartagineses la dominacion casi total de la parte de Italia al mediodia del Aufido, con la sumision de algunos pueblos y repúblicas pequeñas; la defeccion de muchos aliados de Roma que pensaban estaria aquella ciudad dentro de pocos dias en manos de los cartagineses, y sobre todo el desaliento de los mis-

(*) La derrota del ala izquierda de los romanos se explica por otros de esta manera: «Cerca de quinientos numidas, que ademas de sus armas ofensivas y defensivas llevaban espadas bajo los arneses, echaron á los hombros los escudos, como hacen los que van á desertar, corrieron hácia los romanos, y arrojando las armas se entregaron. Colocados por orden de los gefes á retaguardia y en el centro de la línea, permanecieron quietos mientras estuvo indecisa la batalla. Así que vieron ocupados á todos en la accion, arrebataron súbitamente los escudos.... y atacaron por la espalda á los romanos.» (*Livio*).

mos romanos, que contaron su ruina por infalible.

La pérdida de los vencedores fue de mil y quinientos españoles y africanos, cuatro mil galos y doscientos caballos. La de los vencidos subió al lastimoso número de mas de cincuenta mil (*), que murieron valerosamente en el campo, ó fueron degollados en el alcance. Nada mas que setenta caballos, ó segun otros cincuenta, se refugiaron con Varron en Venusia; y de toda la infantería solo se salvaron como unos tres mil hombres, que despues marcharon á Canusio. Entre los romanos muertos se contaba el consul Emilio (**), los cuestores Atilio y Bibáculo, vein-

(*) Livio dice: "*Quadráginta millia peditum, duo millia septingenti equites, et tanta prope civium sociorumque pars cæsi dicuntur.*" Polibio afirma que la pérdida fue de setenta mil hombres.

(**) Polibio dice que murió en la batalla; pero segun otros, habiéndose separado, se sentó en una piedra que bañó de sangre, y rehusó el caballo que le ofrecia un tribuno, diciéndole: "Anda, Lentulo, y dí al Senado que fortifique á Roma antes que lleguen á ella los enemigos; y dí á Fabio que Emilio no ha olvidado hasta la

tiun tribunos militares, de los cuales algunos habian sido cónsules, pretores ó ediles, y entre ellos Servilio y el exdictador Minucio, y ochenta senadores, ya en ejercicio, ya desempeñando empleos que servian de escalones para aquel rango.

CAPÍTULO XV.

Nuevas operaciones de Anibal. = Magon enviado á Cartago. = Invernadero del ejército en Capua.

El general cartagines propuso al senado romano tratar del rescate de los diez mil prisioneros que habia hecho en la batalla; pero aquella asamblea, conforme á los principios de su previsiva y patriota política, quiso mas bien privarse de estos defensores que sumi-

» muerte sus preceptos. Déjame espirar en medio de los
 » cadáveres de mis soldados, y así no moriré criminal si
 » me declaran culpado, ni me verá precisado para jus-
 » tificarme á acusar á mi colega." Retirándose de allí,
 Lentulo vió desde una eminencia espirar al consul á los golpes de los enemigos.

nistrar á Anibal las sumas que tendria que desembolsar , porque sabia que con ellas le daria nuevos medios de hacerle la guerra ; y ademas estaba persuadido de que sería un mal ejemplo para el pueblo redimir á los que se habian entregado al enemigo. En su consecuencia fueron inútiles las súplicas de los enviados y los clamores de los padres y parientes de los prisioneros que rodeaban el palacio senatorial.

No es facil saber los motivos que tuvo Anibal para no marchar directamente á Roma. Algunos historiadores no vacilan en asegurar que si así lo hubiera hecho, la habria facilmente tomado ; pero parece que á una distancia tan grande de los sucesos, sin noticias suficientes de la situacion del pais y de los recursos que abrigaba, é ignorando relativamente á Anibal muchos particulares, hay algo de inconsideracion en querer fallar sobre su conducta , y en atreverse á corregir al que tantas pruebas habia dado de su grande

habilidad no solo en la estrategia, sino tambien en la política. Maharbal fue de distinta opinion que Anibal; prometióle que de alli á cinco dias comeria en el Capitolio; y al ver que este general no daba crédito á aquellas lisonjeras promesas, le dijo que sabia vencer pero no sacar partido de la victoria.

Cargado el ejército invasor con los despojos del campamento enemigo, movió de sus atrincheramientos de Canas hácia el pais de los samnitas; ocupó despues la ciudad de Compsa, y entregándose Magon de una parte de las tropas para apoderarse de otras plazas, las restantes entraron en la Campania con el fin de tomar á Nápoles y disponer de los recursos que les proporcionaria una ciudad marítima. Los numidas que marchaban delante fueron atacados por una tropa de ciudadanos que salió á encontrarlos; pero fingiendo retirarse los atrajeron insensiblemente á las emboscadas que habian dispuesto, y pocos lograron volver á la ciudad. Mas á pesar del buen

agüero de estos principios, Anibal que observó la fortaleza de la plaza, no juzgó prudente atacarla.

Entonces torció el camino al norte con direccion á Capua, ciudad que habiendo gozado por mucho tiempo de una paz no interrumpida, abrigaba en su seno aquellos deleites hijos de una larga tranquilidad que habian de corromper á tan fieros veteranos. Los habitantes le abrieron amistosamente las puertas, y pactaron con él que no ejerceria jurisdiccion intramuros, que no haria levadas, que ellos se gobernarían por sus leyes y magistrados, y que les daria trescientos prisioneros romanos para cangearlos por sus compatriotas que militaban en Sicilia.

Cuando Magon concluyó el encargo que le habia dado Anibal, éste le envió á Cartago para dar noticia al senado de sus recientes triunfos, y manifestó ante aquel congreso que las armas púnicas habian peleado en Italia con cuatro cónsules y seis ejércitos con-

sulares; que habian muerto en las diferentes batallas mas de doscientos mil hombres, y tomado prisioneros mas de cincuenta mil; que en la última accion habia perecido uno de los cónsules, y escapado el otro siguiéndole apenas cincuenta hombres; que se habian aliado con ellos los brucios y apulos, parte del pais de Samnio y de Lucania, y por último que Capua, ciudad que despues de la batalla de Canas era reputada como la principal no solo de la Campania sino casi de toda la Italia, se habia puesto en manos de Anibal. En seguida mostró un número tan crecido de anillos de oro de los tomados á los vencidos en la última batalla, que llenaban un celemin, segun algunos, ó tres y medio, segun otros. Estos trofeos parecieron mucho mas considerables al senado cuando supo que solamente era permitido á los caballeros y á los principales romanos usar de semejante distintivo. La república oyó con júbilo unas noticias tan satisfactorias, y resol-

*

vió enviar á Anibal cantidad de dineros, y cuarenta mil numidas con cuarenta elefantes para el reemplazo de su ejército (*).

Roma habia nombrado dictador á Marco Junio, quien reunió cuantas tropas pudo, haciendo alistar para engrosarlas hasta á los criminales que estaban en las prisiones; lo cual manifiesta cuán grande fue el golpe que recibió aquel pueblo en su fuerza militar con la derrota de Canas, pues nunca se habian admitido siervos en las legiones, y los delinquentes se consideraban tales.

Anibal salió de Capua con su ejército, y le condujo al pie de las murallas de Nola. Sus habitantes, convidados por este general, quisieron abrazar su partido; pero el senado que los regia, fingiendo adoptar tambien esta de-

(*) No sé cómo Anquetil ha podido contradecir á tal punto á Tito Livio para afirmar que el Senado de Cartago se rindió al dictamen de Hanon, de no enviar socorros á Anibal. Es verdad que el socorro no llegó á ir, pero fue porque la derrota de Asdrubal en España lo reclamaba. Rollin sigue al clásico.

terminacion, se tomó tiempo para dar aviso de lo que pasaba al pretor Marcelo Claudio, que desde Casilino, donde se hallaba con las legiones, marchó á su socorro. El general enemigo levantó el campo, hizo otro intento infructuoso para apoderarse de Nápoles por negociacion, marchó contra Nuceria, que despues de resistirle algun tiempo, fue tomada y entregada al pillage, y se encaminó nuevamente á ponerse al frente de Nola. Una salida oportuna del pretor causó mucho daño á sus tropas; y hallándose sin bastante gente para apoderarse á viva fuerza de la plaza, movió la vuelta de Acerras, que le abandonaron sus defensores.

La última de sus operaciones en aquella campaña fue el sitio de Casilino, cuya ocupacion no pudo lograr á causa de la resistencia desesperada de la guarnicion; y fortificando las trincheras y dejando algunas tropas para continuar el asedio, volvió con el ejército á invernar á Capua.

CAPÍTULO XVI.

Perniciosos efectos del acuartelamiento de Capua.= Resumen de los principales sucesos posteriores á la batalla de Canas.= Expedicion de Asdrubal á Italia.= Su derrota y muerte.= Anibal pasa á Cartago.

Hasta aqui hemos visto triunfante al ejército de Anibal de las armas de los romanos, y no menos victorioso de las fatigas de las marchas y batallas que de las inclemencias del tiempo. Pero la mayor parte de un invierno pasado en la corrompida Capua fue suficiente con los deleites que ésta les presentaba para enervar las fuerzas de aquellos hombres belicosos, robustecidos con los trabajos y no acostumbrados al placer. Los soldados bebieron con ansia el veneno de la sensualidad, y arrastrados por el incentivo de las insólitas delicadezas de que gozaban, afeeminados por el ocio y los excesos, dejaron de ser aquellos que vencieron en los Alpes los obstáculos de la naturaleza, y que abatieron

en los campos de batalla la soberbia de Roma. El mismo Anibal, en cuyo corazon solo habian entrado hasta entonces las pasiones de la gloria militar y del odio contra los romanos, tampoco pudo resistir á los halagos de la seduccion; y así fue que cuando siendo ya mas benigna la temperatura salió con sus tropas de aquellos fatales muros, no parecian el mismo general ni el mismo ejército que meses antes habian entrado en ellos.

A. del M.
3787.
Ant. de J.
213.

Los posteriores acontecimientos de la guerra que hicieron en Italia las tropas de Anibal, se reducen á un gran número de acciones ó batallas sin consecuencia; tomas y pérdidas de ciudades; alternativas de buenos sucesos y de descalabros, en cuyos hechos admiramos es verdad la constancia de los cartagineses y romanos en la duracion de la lucha, pero los particulares de esta no nos ofrecen virtudes que imitar ó ejemplos que seguir, bastantes á disculpar una estensa narracion.

El senado romano habia tomado cuantas

medidas salvadoras estaban á su alcance, hecho esfuerzos prodigiosos para defender á la patria que idolatraba, y conseguido por premio de sus fatigas levantar nuevos ejércitos, darles la fuerza moral que les quitaron los anteriores reveses, y por último hacer desaparecer casi enteramente las ventajas que obtuvieron los cartagineses con la victoria de Canas. Al mismo tiempo que sus numerosas legiones atacaban por todas partes, y tenían como cercado el ejército de Anibal, sus generales en España obtuvieron sobre los de éste señalados triunfos; sus escuadras batían por mar á los enemigos y los incomodaban en Sicilia, y donde quiera que no se hallaba el gran soldado sus anales solo refieren victorias.

Casi abandonado por su pais á su buena fortuna (*), Anibal halló en sus talentos y en el valor de sus compañeros hartos recur-

(*) Anibal recibió al fin socorros de Cartago, como se infiere de la circunstancia de mencionar Livio por primera vez á los getulos en el sitio de Casilino, y de haber rechazado una salida con los elefantes; pero co-

tos para permanecer largo tiempo en Italia, á pesar de los esfuerzos bien dirigidos de las armas romanas. Atraía aliados á su partido, mantenía á sus tropas con el saqueo de los territorios hostiles, y compensaba los descalabros que por una parte sufría con victorias aún mas grandes. Una vez se atrevió á amenazar los mismos muros de la ciudad poderosa, que se burlaba de sus esfuerzos mientras admiraba su arrojo; y si despues de quinze años tuvo que abandonar á la deliciosa Italia, salió de ella, no echado por los enemigos, sino llamado por su patria.

En el año duodécimo de su tránsito por los Alpes, su hermano Asdrubal, á quien habia encargado en su ausencia el gobierno de España, tuvo que ceder este pais á la dominacion de Roma, á consecuencia no solo de los veintidos mil infantes, mil y quinientos caballos y once elefantes que le habian prevenido, pasaron á España, es de creer que este refuerzo, que ó trajo el mismo Magon ó llegó poco despues de él, no fue considerable.

de las victorias que sobre él y los demas generales cartagineses habia ésta alcanzado, sino tambien de una orden reiterada de su república; y reuniendo el mayor número de tropas que le fue posible, intentó juntarse con su hermano, para correr su fortuna y ayudarle en sus empresas.

No sabemos de cierto (*) el número de soldados con que pasó los Pirineos: solo nos dicen los historiadores que hizo grandes levadas en España y en las islas Baleares, y que reunió mucho dinero para ganarse á los reyezuelos de las Galias.

A. del M.
3795.
Ant. de J.
205.

Asdrubal empezó á marchar por los Alpes, que con el transcurso de tantos años no presentaban los mismos obstáculos que anteriormente, ni por lo salvaje de sus habitan-

(*) Appiano dice que llevaba cuarenta y ocho mil infantes, ocho mil caballos y quince elefantes. Pero Polibio no cuenta mas que diez de estos últimos. Sea lo que se quiera de la verdad de Appiano, yo no admito ni desecho su cómputo; aunque por no tener un carácter de autenticidad á causa de la larga distancia á que vivió de los sucesos, me pareció debia escluirlo del testo.

tes, ni por lo escabroso de los caminos (*). Los galos tambien, lejos de oponerse á su intento, le dieron cuantos auxilios estaban en sus manos, y engrosaron sus escuadrones; y en breve tiempo pudo llegar á Placencia, debajo de cuyos muros se detuvo demasiado en la esperanza de tomarla. Así que levantó el cerco de esta ciudad, avisó á Anibal de su llegada, advirtiéndole asimismo que no tardaria en presentarse en la Umbría; y si éste hubiese recibido semejante noticia, tal vez se habria verificado la reunion de ambos ejércitos, y sufrido Roma incalculables daños.

Pero los numidas portadores de sus cartas cayeron en manos del consul Claudio Nerón, cuando ya estaban muy cerca de realizar su objeto; y aprovechándose éste de la noticia la ocultó con el mayor cuidado, y partió con seis mil hombres escogidos y mil caba-

(*) Parece que con la mas frecuente comunicacion se habian compuesto aquellos malos pasos que tanto trabajo dieron á Anibal, ó descubriertose caminos mejores.

llos para reunirse con el otro consul, y atacar al nuevo ejército invasor. A fin de que ignorase Anibal su marcha, la emprendió de noche con silencio, y avanzaba á largas jornadas hácia el norte, alistando en su tránsito gran número de soldados licenciados que espontáneamente se ofrecian, y jóvenes voluntarios.

En tanto el consul Marco Livio estaba acampando junto al Sena, á quinientos pasos próximamente de Asdrubal, y al saber la venida de su compañero, le avisó que se le reuniese de noche para que no lo supiese su contrario. Así se verificó en efecto, y para encubrir todavía mas el engaño no se estendieron los reales, sino se alojaron todos en las mismas tiendas. Cerca de éstas se hallaban tambien las del pretor Lucio Porcio; pero por mas que hicieron, Asdrubal conoció que estaban reunidos los dos ejércitos consulares, y resolvió evitar una batalla retirándose de sus posiciones.

Habiendo decampado al primer cuarto de la noche, no le fue posible atravesar el

rio Metauro con motivo de haber desertado los guías; por lo cual siguió marchando por la orilla, esperando que con la claridad del día siguiente podría encontrar el vado. Pero como mientras mas se alejaba del mar, hallaba que las márgenes eran mas elevadas y el rio mas profundo, los romanos le alcanzaron sin que hubiese podido conseguir pasar á la parte opuesta.

Viendo el cartagines que Neron le venia encima con la caballería y Porcio con la infantería ligera, pensó fortificarse en una colina; pero tuvo que abandonar este intento al descubrir á Livio que se acercaba marchando al frente de las legiones. Los cónsules se reunieron y presentaron la batalla á Asdrubal, el cual conociendo que no podia evitarla, se preparó á ella formando sus tropas de este modo. Puso á los elefantes en la vanguardia; en el flanco izquierdo á los galos en oposicion á Claudio, no tanto porque confiase en ellos, quanto porque pensaba que éste les te-

mia ; él se colocó á la derecha frente de Livio con los españoles , en cuya buena disciplina mas esperaba (*), y detras de los elefantes se formaron los ligures. Entre su costado izquierdo y el derecho del enemigo habia un collado que ocultaba á los galos , é impedia que los atacase el consul Neron.

Trabóse la accion por los españoles del flanco diestro , y fue grande el encarnizamiento con que se batian contra las tropas de Livio , como que en aquel punto presenciaban la accion los dos generales enemigos , y que las tropas que peleaban eran romanas con otras no menos aguerridas. Los diez elefantes en su primer encuentro desordenaron á las líneas contrarias , haciendo retirar las águilas ; pero así que creció mucho el estrépito y que llegó á su colmo la confusion , no se podian regir , y los mismos guias tenian

(*) *“Ipse dextrum cornu adversus M. Livium sibi, »atque Hispanis (et ibi maxime in vetere milite spem »habebat) sumpsit.”* (Livio).

que matarlos para impedir que hiciesen daño en los suyos (*). En esto el consul Neron, viendo que las tropas de su colega flaqueaban, y que los ligures acometian con bizarría al pretor Porcio, se aprovechó de la inaccion en que le dejaban los galos, poco fuertes para sufrir la privacion de sueño y las fatigas de las marchas, y destacó varias cohortes (**) para atacar en flanco y por la espalda á los españoles. Éstos, oprimidos por todos lados, se hallaban en el mayor conflicto; la mayor parte de ellos perecieron en sus puestos, y Asdrubal que peleaba personalmente en lo mas vivo de la accion, los animaba con sus palabras y hechos. Al fin la victoria se declaró por los romanos; y el gefe cartagines que

(*) Para matarlos cuando se enfureciesen hizo Asdrubal que llevasen un martillo y un puñal muy agudo, que les ponian en la union de la cerviz y de la cabeza, y despues con un golpe fuerte del martillo se los introducian por la nuca.

(**) El manípulo formaba dos compañías; la cohorte contenia tres manípulos ó seis compañías; cada manípulo de hastarios tenia ciento veinte hombres, y de triarios sesenta.

habia determinado no sobrevivir á su vencimiento, se arrojó con su caballo á buscar la muerte en las filas contrarias, y cayó cubierto de heridas.

Grande fue y lastimosa la pérdida de Cartago en aquella jornada, tanto por el número material de sus soldados muertos (*), como porque se destruían las esperanzas que habia concebido de las operaciones de aquel nuevo ejército en Italia, despues que se hubiese reunido con el de Anibal.

Este supo la triste noticia de una derrota tan fatal para su patria de una manera que habia de hacérsela mas sensible. El consul Neron, que volvió apresuradamente á sus antiguos reales despues de la victoria, tuvo la

(*) Segun Tito Livio, á quien sigue Rollin sin decir nada, murieron de los cartagineses cincuenta y seis mil; cinco mil cuatrocientos fueron hechos prisioneros, y de los romanos quedaron ocho mil en el campo de batalla. Polibio dice que solo murieron de los primeros diez mil hombres, incluyéndose en este número á los galos, que fueron degollados al fin de la batalla, y cerca de dos mil de los últimos.

crueldad de hacer arrojar en el campo de los cartagineses la cabeza de Asdrubal. Aquel guerrero no pudo á semejante vista contener las lágrimas, y doliéndose de la muerte de un hermano, á quien tenia mas amor por la conformidad de sus inclinaciones y talentos, exclamó que ya conocia cuál era la suerte de Cartago.

Así era en efecto: esta república corría precipitadamente á su ruina, al paso que su rival se acrecentaba diariamente con sus victorias. Los cartagineses fueron con el tiempo lanzados de España, de Cerdeña y de Sicilia, aunque todavía tenían en Italia el ejército de Anibal. Pero los romanos destrazaron á su hermano Magon, que le fue enviado del Africa con un refuerzo, al paso que ya sus tropas se habian disminuido, no solo por las pérdidas de las batallas, sino por las intrigas de sus contrarios, que poco á poco le fueron privando del auxilio de los españoles y demas aliados que militaban bajo sus banderas. Al

fin Cartago vió que no habia mas recurso para ella que oponer al victorioso Escipion su veterano general. Éste, que desde la edad de nueve años habia salido de su patria, volvió á ella despues de treinta y tres años de ausencia, y perdió contra el consul romano la célebre batalla de Zama, en que perecieron cuarenta mil de sus compatriotas. Fugitivo despues de su patria y errante, se refugió en la corte de Antioco, rey de Siria; huyó despues á Perugia, y tuvo por último que tomar un veneno para no caer en manos de sus irreconciliables enemigos.

Así, podemos decir que en la batalla de Canas hicieron crisis las desgracias de los romanos y las prosperidades de los cartagineses: parece que la buena fortuna de éstos se adormeció con los triunfos, y que la energía de aquellos se despertó con lo fuerte del dolor.



A. del M.
3798.
Ant. de J.
202.

TABLA

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO.

P PRIMERA ESPEDICION <i>de españoles y cartagineses á Sicilia, dirigida por Anibal, hijo de Gisgon.</i> pág.	1
SEGUNDA ESPEDICION <i>por Anibal y por Himilcon.</i> . . .	21
TERCERA ESPEDICION <i>por Himilcon.</i>	38
<i>Nota sobre las otras expediciones de los cartagineses á la misma isla.</i>	47
ESPEDICION <i>de españoles á Lacedemonia.</i>	49
ESPEDICION <i>de españoles y cartagineses á Italia, dirigida por Anibal el Grande.</i>	51
CAPÍTULO I. <i>Miras de Roma y Cartago. = Declaracion de la guerra. = Anibal nombrado general. = Su carácter. = Sus proyectos. = Sus disposiciones. = Tránsito de los Pirineos.</i>	ib.
CAP. II. <i>Marcha por las Galias. = Medidas de Roma. = Preparativos de Anibal para el tránsito del Ródano. = Jornada de Hanon. = Derrota de los bárbaros.</i>	59
CAP. III. <i>Escaramuza con romanos y descalabro de los numidas. = Dudas de Anibal. = Su llegada á la Isla, y al pie de los Alpes.</i>	68
CAP. IV. <i>Los Alpes. = Emboscada de los bárbaros. = Su derrota. = Otra emboscada.</i>	73
CAP. V. <i>Bajada de los Alpes. = Enumeracion de las fuerzas de Anibal.</i>	80
CAP. VI. <i>Espedicion de Anibal contra los taurinos. = Llegada de Escipion. = Su marcha desde Marsella en persecucion de los cartagineses. = Su vuelta á Italia. = Efecto que causó en Roma la noticia de la invasion. = Aproximacion de los dos ejércitos enemigos. = Ofertas de Anibal á sus</i>	

<i>soldados. = Primer encuentro con los romanos. =</i>	
<i>Accion del Tisino.</i>	86
CAP. VII. Retirada de Escipion. = Defeccion de un	
<i>cuerpo de galos que le auxiliaban. = Llegada del</i>	
<i>consul Sempronio. = Escaramuza junto al Trebia.</i>	93
CAP. VIII. Batalla del Trebia.	99
CAP. IX. Escursiones de Anibal. = Intenta en vano	
<i>pasar el Apenino. = Encuentro y accion con el</i>	
<i>consul Sempronio.</i>	106
CAP. X. Marcha del ejército por la Etruria. = Tra-	
<i>bajos que padece. = Estratagemas de Anibal. =</i>	
<i>Derrota de los romanos junto al lago Trasimeno.</i>	112
CAP. XI. Derrota de la caballeria de Servilio. =	
<i>Operaciones en Umbria, Adria, &c. = Fabio</i>	
<i>nombrado dictador. = Sus proyectos. = Devas-</i>	
<i>tacion de Samnio y de la Campania por Anibal.</i>	121
CAP. XII. Disgusto de Roma y del ejército contra	
<i>Fabio. = Anibal encerrado por éste. = Ardid de</i>	
<i>que se vale para salir.</i>	129
CAP. XIII. Pasa el ejército á la Apulia. = Ausencia	
<i>de Fabio. = Primera accion contra Minucio. =</i>	
<i>Dos dictadores á un tiempo. = Segunda accion</i>	
<i>contra Minucio, á quien socorre Fabio. = Fin de</i>	
<i>esta campaña.</i>	135
CAP. XIV. Nuevos preparativos de los romanos. =	
<i>Batalla de Canas.</i>	145
CAP. XV. Nuevas operaciones de Anibal. = Magon	
<i>enviado á Cartago. = Invernadero del ejército en</i>	
<i>Capua.</i>	159
CAP. XVI. Perniciosos efectos del acuartelamiento	
<i>de Capua. = Resumen de los principales sucesos</i>	
<i>posteriores á la batalla de Canas. = Expedicion</i>	
<i>de Asdrubal á Italia. = Su derrota y muerte. =</i>	
<i>Anibal pasa á Cartago.</i>	166

ERRATAS.

Pág. 15, línea 15, dice *castigar á los generales*, añádase *y á sus hijos*.

Id. 29 y 41, dice *comboy y comboyes*, léase *convoy y convoyes*.

Id. 42, línea 18, dice *hubo*, léase *tuvo*.

ERRATAS

Pág. 12, línea 15, dice castiga a los generos, así-

hase y a sus hijos.

Id. 29 y 41, dice conboy y conboyas, hase conboy y

Id. 43, línea 18, dice hubo, hase tuvo.

